

La muerte de Brunelda

(Drama en dos actos)

Juan Polo Barrena

PERSONAJES

(Por orden de intervención)

OSWALD.

MARK.

BRUNELDA.

EL ADMINISTRADOR.

ALEXANDER.

DAVID.

ACTO I

En el centro del escenario, una cama alta o un canapé, cuyas ropas cuelgan hasta el suelo. Encima, una mujer esta echada. Duerme. Es BRUNELDA. Sentado en el suelo, al lado de la cama y con la cabeza apoyada en ésta, un hombre. Es OSWALD. La habitación que ocupará el escenario está desordenada y sucia. Una mesa descolgada, unas sillas esparcidas; algunas, caídas en el suelo. Hay estanterías con libros viejos. Unas palanganas, en un rincón. En otro, un montón de ropa y periódicos, encima del cual está echado otro hombre. Es MARK. Una alfombra descolorida y rota; unas cortinas rasgadas, etc. Todo ha de producir una invencible impresión de abandono y suciedad.

Está amaneciendo. Entra una luz débil, por una ventana que estará encima de donde se encuentra MARK. (Fondo derecha del escenario.)

Puertas a izquierda y derecha. Al fondo y en el centro, un balcón, sobre la calle.

Todo esta en silencio. MARK, poco a poco, se despierta y, asustado al ver que ya entra luz, va a la cama y observa detenidamente a BRUNELDA y a OSWALD.

Tranquilizado al comprobar que aún duermen, vuelve despacio al rincón y trata de arreglar, sin conseguirlo, aquel informe montón de trapos.

Al poco, OSWALD se despierta. Mira su reloj y contempla con veneración a BRUNELDA. Entonces, se incorpora sigiloso y va al rincón donde está MARK. Éste se ha echado de nuevo y parece dormido.

OSWALD.- (Imperioso.) ¡Mark! ¡Mark! **(Sacudiéndolo.)** Levántate... Está amaneciendo. Entra luz... ¡Vaya, levántate! Ya es de día.

MARK.- (Implorante.) Me acosté muy tarde, Oswald.

OSWALD.- Eso no tiene importancia, muchacho; no tiene ninguna importancia en esta casa... Ella va a despertar y ya sabes lo que pasará si se da cuenta que estás durmiendo.

MARK.- (Muy abatido.) Gritos, gritos... ya no me asustan los gritos. No me asusta nada... Estoy tan cansado... No puedo más Oswald.

OSWALD.- No podrás decir que no sabías la clase de vida que era ésta... Nadie te ha engañado.

MARK.- Pero yo nunca he sido fuerte, Oswald... Ni los trabajos más suaves podía soportar. Resultaban terriblemente pesados y agobiantes para mí... ¡Cuánto más éste! Todo el día encerrado en esta habitación, pero sin detenerme un momento... Siempre llevando cosas, de un lado para otro.

OSWALD.- Hay trabajos peores, muchacho. Aquí, al menos, sabes que no has de morir de hambre... Además ya te he dicho mil veces que te estamos buscando un sustituto..., un chico que te ayude.

MARK.- (Triste.) ¡Cállate!... Sabes como yo que ese ayudante no llegará nunca.

(BRUNELDA se mueve en la cama.)

OSWALD.- (Repentinamente asustado.) ¡Vamos, muchacho! ¡Corre! Ve a preparar el desayuno... Yo la entretendré.

(MARK actúa con lentitud.)

¡Date prisa! Que no te vea aquí cuando abra los ojos.

(Empuja a MARK hacia la puerta y vuelve dirigiéndose al sitio donde están las palanganas. Coge una, pero la suelta deprisa, al oír la voz de BRUNELDA.)

BRUNELDA.- (Sin moverse.) Oswald, Oswald querido... (En tono agrio.) Nunca estás a mi lado cuando te llamo. ¿Qué haces durante toda la noche?

OSWALD.- (Solícito.) No te excites, Brunelda... Recuerda lo que te dijo aquél médico.

BRUNELDA.- (Furiosa.) No estoy enferma... Si quieres desprenderte de mí, vete... ¡Vete!... Veremos si logras llegar a alguna parte..., con ese cuerpo de miseria.

OSWALD.- (Lastimero.) ¡Qué podría hacer yo solo!... Sin ti...

BRUNELDA.- (Más suave.) Anda. Ve a abrir el balcón... Después acércate..., seré cariñosa contigo. Te lo prometo.

(OSWALD va deprisa y abre.)

¿Qué tiempo hace?... (Con fastidio.) Un cielo gris nubarrones gruesos, otra vez. Como si lo viera... Cierra. Cierra. ¡Qué frío más terrible!

OSWALD.- (Tímido.) Hoy no hace frío... Luce el sol.

BRUNELDA.- (Violenta.) No me contradigas... No has aprendido todavía a escucharme, sin exponer tus estúpidas opiniones.

OSWALD.- Perdóname, Brunelda... Nunca aprenderé... Soy imprudente y torpe.

BRUNELDA.- (De pronto, dulce.) Perdóname tú, querido. Ya sé que soy insoportable... Pero estoy tan enferma, Oswald... Es cierto. ¿Hay mayor desgracia que la mía? No poder valerme por mí misma para nada... Tú lo comprendes, ¿verdad queridito?

OSWALD.- (Complaciente.) Claro que lo comprendo... Y te quiero, te quiero con toda mi alma. Como un niño desgraciado quiere a su madre. Te necesito... ¡Qué habría sido de mí y del pobre Mark si no nos hubieses recogido!

(BRUNELDA mira fijamente al rincón de MARK.)

Ha ido a prepararte el desayuno. Es un buen chico.

BRUNELDA.- (Hosca.) Ya tarda.

OSWALD.- El invierno es muy duro... La leche se hiela durante la noche... Además la cocina no funciona bien. Es muy vieja. Hay que trabajar mucho para encenderla.

BRUNELDA.- (Celosa.) Siempre estás disculpando sus faltas... Le quieres más que a mí.

OSWALD.- (Triste.) No digas eso. ¡Cómo iba a querer a nadie más que a ti!... Tú eres toda mi vida, Brunelda.

BRUNELDA.- (Condescendiente.) Bueno, bueno... Trae agua. Voy a lavarme la cara.

(OSWALD, presuroso, coge la palangana y entra en la cocina para llenarla de agua. BRUNELDA gritando.)

Oswald, Oswald... Me has dejado con la palabra en la boca. Iba a decirte algo agradable... Oswald, no quiero estar sola.

(Aparece MARK. Tiene las manos y la cara tiznadas de carbón. Está muy débil y tose. BRUNELDA furiosa.)

No te he llamado a ti. ¡Vete!

MARK.- (Lastimero.) Como has dicho que no querías estar sola...

BRUNELDA.- (Furiosa.) No debes escuchar cuando hablo a Oswald: no debes escuchar nunca... Te he repetido hasta la saciedad que no quiero que entres cuando estoy levantándome.

(Aparece OSWALD.)

OSWALD.- (Oficioso, a MARK) Vete, vete. No la molestes... **(Más bajo.)** Trabaja deprisa. Enseguida querrá el desayuno.

(MARK sale. OSWALD se acerca con la palangana y una toalla.)

BRUNELDA.- (Mimosa.) Ayúdame a incorporarme, Oswald... Es como si unos brazos de hierro tiraran de mi cuerpo... Como si al quien quisiera sepultarme.

(Con gran esfuerzo, OSWALD logra sentarla en la cama. BRUNELDA es una mujer muy gruesa, anormalmente gruesa y aviejada, pero todavía atractiva. OSWALD la contempla detenidamente, entre avergonzado y ansioso. BRUNELDA enfadada.)

No me mires así. Tampoco a ti debería permitirte que me vieras en estos momentos... Estás perdiendo el pudor, muchacho... Y eso me disgusta... Me disgusta mucho.

OSWALD.- (Tímido, como un niño.) ¿Sigues enfadada conmigo?... Sonríeme Brunelda, sonríeme... Ya sabes que me desvivo por complacerte... Quiero adelantarme a tus más pequeños deseos, amor mío.

BRUNELDA.- (Duda un momento, y luego, dulce.) No, mi queridín. Sólo que no deberías permitir a ese puerco de Mark que ande fisgándolo todo y tratando de ver cómo soy desnuda.

OSWALD.- Te juro que no volverá a hacerlo.

BRUNELDA.- (Con coquetería.) Tú si puedes mirarme... Con esos ojos grandes y tristes, que parecen perdidos en el cielo... Antes, iba a decirte que hoy quería estar muy guapa... ¡Para ti!... Para que tú pudieras contemplarme... y estar orgulloso de mí.

OSWALD.- (Con ternura.) Me haces muy feliz... Yo... yo... yo soy un miserable... No merezco que te fijes en mí. Deja que te sirva todos los momentos de mi vida... Con eso tengo bastante... Pero no me abandones nunca... ¡Nunca!... Me moriría.

BRUNELDA.- Serás grande, grande y hermoso, Oswald. Ya estás empezando a serlo. Estoy descubriendo el niño que llevas dentro... Si no fuera así... **(Enérgica.)** te odiaría... Te habría echado de mi lado.

(OSWALD, confuso, moja la toalla en el agua y frota el rostro de BRUNELDA. Ésta hace gestos de desagrado.)

OSWALD.- (Disculpándose.) Todavía soy rudo, ¿verdad? Pero pongo la mejor voluntad.

BRUNELDA.- (Condescendiente.) Lo sé, lo sé. Te perdono una vez más.

OSWALD.- (Emocionado.) Tienes una piel tan suave... hecha de caricias. Te bañas en las estrellas... El rocío de la mañana envuelve tu cuerpo.

BRUNELDA.- (Coge las manos de OSWALD.) ¿Estás contento?... ¿Seguirás siempre conmigo, cariño? ¿Siempre?

OSWALD.- (Emocionado.) Estando a tu lado, soy el hombre más feliz de la tierra. Sólo quiero que me dejes mirarte durante horas y horas... De día y de noche... No quiero dormir nunca Brunelda.

BRUNELDA.- (Con cierta crueldad.) A veces, me pareces una niña triste. Tienes unas manos de mujercita... Pero, me gusta sentir las así, muy cerca del pecho y... besarlas... **(Las besa.)**

(MARK aparece en el umbral, con la bandeja del desayuno en las manos.)

MARK.- (Con voz débil.) ¿Puedo entrar?

BRUNELDA.- (Sin hacer caso de MARK, A OSWALD.) Ahora, péiname. Desata mi pelo. Deja que llegue hasta la cintura... como en otros tiempos. Cuando todavía era bella...

(OSWALD deja suelto su pelo.)

OSWALD.- (Aturdido.) Deja que te mire... Mis ojos quisieran entrar dentro de ti.

BRUNELDA.- Trae un espejo.

(OSWALD va a coger un espejo.)

MARK.- (Con la misma voz.) ¿Puedo entrar?

OSWALD.- (A MARK.) Espera.

BRUNELDA.- (Furiosa.) Déjalo. No hables con él. Siempre tiene que estar viendo lo que hacemos.

(OSWALD empieza a peinar a BRUNELDA, mientras ésta se mira complacida en el espejo. Ninguno de los dos hace caso de MARK. MARK, con movimientos cansados, deja en el suelo la bandeja y se sienta junto a ella. BRUNELDA con coquetería a OSWALD.)

Déjale que mire, pobrecito. Nunca ha visto unos cabellos tan hermosos... Se morirá de envidia... (**Orgullosa.**) Brunelda es generosa y, a veces, deja que la contemplen sus esclavos...

(**MARK permanece indiferente y lejano.**)

OSWALD.- ¡Pobre chico! Se queda con la boca abierta. El placer de contemplarte es demasiado fuerte para él... No está acostumbrado, pero le compensa de sus trabajos más duros... Es diligente. Se esfuerza por tenerlo todo a punto, pero si en una pausa de su trabajo, aunque sólo dure un minuto, puede contemplarte, lo considera como la mayor ventura que puede gozar en medio de su interminable tarea.

BRUNELDA.- Otra vez estás defendiéndole, Oswald... ¿no te das cuenta?... Y humillándome a mí.

OSWALD.- ¿Qué haríamos sin él, cariño? ¿Cómo podría llevar yo sólo tanto trabajo?

BRUNELDA.- Sí; es verdad... Pero eso no quita que Mark sea un muchacho holgazán y torpe, que anda siempre como adormilado. Para servirme a mí hace falta mucha fortaleza... y Mark no la tiene... Está cansado. Ha envejecido prematuramente... Aunque ponga la mejor voluntad, sus fuerzas ya no le sostienen.

OSWALD.- Es sumiso y obediente. Y se moriría de rabia y de sed si no le permitieses ser tu esclavo.

BRUNELDA.- Tiene unas manos de trapo... Todo lo rompe... No es capaz de hacer nada delicado.

OSWALD.- Sin embargo es leal... se dejaría matar por ti.

BRUNELDA.- Mira cómo tiene la habitación... ¿crees que yo puedo vivir con esta suciedad?

OSWALD.- Es agradecido... y te adora... lucha a brazo partido por limpiarla... Pero en cuanto da media vuelta, todo se ensucia otra vez... Él no tiene la culpa, Brunelda.

BRUNELDA.- Mark; trae el desayuno.

(MARK recoge la bandeja, y va hacia ella. Camina lentamente, arrastrando los pies. BRUNELDA a OSWALD.)

Llévate todo esto.

(OSWALD recoge la palangana y la toalla, y las lleva a un rincón. BRUNELDA a MARK.)

¿Eres feliz sirviéndome?

MARK.- Sí, Brunelda. No sabría hacer otra cosa.

BRUNELDA.- ¿Te gusto? (**Silencio.**) Como mujer... ¿Te gusto, como mujer?

MARK.- Te respeto... Mis ojos no se atreven a mirarte... Soy indigno...

BRUNELDA.- No tengas vergüenza, muchacho... Te autorizo a que digas si te gusto.

MARK.- (**Tímido.**) Sí.

BRUNELDA.- (**Ríe.**) Ves, Oswald... A él también le gusto. Debes matarle... Cualquier día, cuando tu estés en la cocina, se echará sobre mi cama y me forzará.

OSWALD.- (**Con miedo.**) ¡Calla! No invoques la desgracia, Brunelda.

BRUNELDA.- (**Riendo.**) Mark, guapito, siéntate aquí, a mi lado.

(MARK se sienta en el suelo, al lado del canapé.)

¿Quieres una tostada?

(Se la da y él la come.)

Ya ves que te quiero. No soy tan mala... Deberías estar trabajando, pero yo dejo que compartas el desayuno conmigo y te doy conversación... Si quieres, puedes acariciarme, muchacho... Tengo la piel muy suave... y huele a jazmín.

MARK.- Eres muy buena, Brunelda. (**Acaricia, vergonzoso, el brazo de BRUNELDA.**)

BRUNELDA.- ¡Pobre Mark! Estás cansado... Esta mujer egoísta te martiriza con sus caprichos... ¿no es verdad, pequeño?

MARK.- (**Apasionado.**) Me esfuerzo por servirte... Pongo en ello toda mi ilusión... Y no estoy tan cansado. Todavía puedo resistir mucho... Aún soy joven... Y tú me das la fuerza necesaria.

BRUNELDA.- Oswald, ven aquí, con nosotros.

(OSWALD se sienta en el suelo, al otro lado de la cama.
BRUNELDA elocuente.)

Mis amigos. Mis servidores fieles... No creáis nunca que intento humillaros... o que trato de recordaros continuamente que sois mis criados. Eso sería impropio de un alma generosa... Además, tú (**A OSWALD.**) eres algo más que Mark, ocupas un puesto ligeramente superior... (**Sensual.**) Dejo que te aproximes a mí hasta que llego a sentir tu aliento en mi boca, inundándome el pecho..., siento latir tus venas... Algún día, quizá, permitiré que acerques tus labios a los míos... seguramente no has besado nunca a una mujer.

OSWALD.- (**Muy nervioso.**) ¿Seguiremos siempre juntos?... Temo tanto el día que te canses de nuestra presencia...

MARK.- (**Excitado.**) Nosotros haremos todo lo que quieras. Nos esforzaremos hasta que nos veas muertos a tus pies. Cumpliremos hasta el menor de tus deseos... Hasta aquellos que no quieras decirnos... Por eso debes permitir que te contemple... Deja que mis ojos descansen en los tuyos... sonríeme siempre. Sería muy desgraciado si cometiera faltas por no adivinar lo que deseas sin palabras.

BRUNELDA.- (**Complacida.**) Sois unos buenos chicos... No nos separaremos, no... Os lo prometo. Ahora ayudadme. Voy a levantarme... Quiero pasear un poco.

(OSWALD y MARK se miran asustados.)

OSWALD.- ¿A dónde quieres que te llevemos?

BRUNELDA.- Llévame al balcón... Quiero ver el cielo... Siempre lo he adorado.

OSWALD.- Has dicho que hacía frío, Brunelda... No hay nadie en la calle... Las gentes que no pueden quedarse, bien abrigaditas, en sus casas, corren de una taberna a otra, a beber coñac y aguardiente, porque, en otro caso, no podrían llegar a su trabajo.

(Mientras hablan, MARK y OSWALD, con grandes esfuerzos, tratan de levantar a BRUNELDA. Al fin lo consiguen.)

BRUNELDA.- **(Maternal.)** No seas celoso, Oswald. No pienso hablar con el vecino. Ya sé que le odias... No te preocupes... es un mentecato. **(Van hacia el balcón.)** Aunque, quizá sea el único vecino que nos quiere... Un buen hombre... El otro día supe que nos había defendido ante el dueño de la casa. Hay que reconocer que hace falta mucho valor para enfrentarse con ese energúmeno... Es una fiera.

(Salen al balcón.)

OSWALD.- **(A MARK.)** Trae una silla.

(MARK corre al interior y lleva una silla. Mientras, BRUNELDA ha visto a alguien y, arreglándose con coquetería, saluda.)

BRUNELDA.- Buenos días, señor. (**Se sienta.**) Dejádme sola... Id a arreglar la habitación. (**Impaciente.**) Vamos, vamos. Hoy tenéis mucho trabajo... Tú, Mark, debes ir al mercado... Los alimentos que tenemos en la cocina son de hace muchos días... Huelen a diablos... Están podridos (**Casi gritando.**) Todo está podrido en esta casa.

MARK.- (CON DESALIENTO) No tenemos dinero. Se nos acabó hace un año... El tendero no quiere comprenderlo. Dice que no te ha visto nunca.

BRUNELDA.- (**Impaciente.**) Dinero, dinero... ¡Qué repugnancia! ¡Qué mezquino eres!... Pero no me engañas, no. Lo que sucede es que imaginas que el mercado está muy lejos... Porque no es más que imaginación... Si apreciaras el honor que te hago permitiendo que me sirvas, no correrías, volarías kilómetros.

MARK.- (**Sumiso.**) Sí, Brunelda..., pero el caso es que no tenemos dinero y ya nadie quiere fiarme.

BRUNELDA.- (**Impaciente.**) ¿Qué haces ahí parado?... Déjame en paz.

MARK.- (**Se vacía los bolsillos del pantalón.**) No tenemos dinero. Hace un año que no tenemos dinero.

BRUNELDA.- (**Amenazadora.**) No me impacientes más.

OSWALD.- Vamos, Mark. Alguien nos prestará ese dinero... Si Brunelda necesita alimentos frescos es preciso traerlos... Aunque tengas que empeñar toda la ropa... y vuelvas desnudo a casa.

BRUNELDA.- ¡Vaya!... Basta de charla... Cerrad el balcón... Quiero comer a la una en punto... salmón y pato con naranja... ¿Lo habéis oído? Hoy quiero celebrar mi rejuvenecimiento y mi tercer centenario.

(**Los dos se precipitan para cerrar el balcón, pero tropiezan uno con otro y no logran su propósito.**
BRUNELDA furiosa.)

¡Qué torpes sois!... ¡Qué pensará este señor de vosotros! (**Con adulación, al vecino.**) Tiene que perdonarlos, señor. No son más que unos muchachos rudos e ignorantes.

(Al fin logran cerrar el balcón. Los dos vuelven, en silencio, hacia el centro.)

MARK.- (Insistente, a OSWALD.) No tenemos dinero... Además, la comida que hay en casa es de hace un mes solamente.

(De pronto, se oyen unos golpes violentos e insistentes en el cristal del balcón. OSWALD corre a abrirlo.)

BRUNELDA.- (Mira a OSWALD y a MARK, que no ha acudido. Furiosa.) ¿Por qué no habéis acudido los dos? Os he llamado. A ti también, muchacho... (A OSWALD.) Dí a Mark que he pensado buscarle un sustituto... Ya veo que ha envejecido y no puede servirme... Ahora, cuando vaya al mercado, que contrate a un muchacho desocupado, de los que vagabundean por allí... Pero que sea fuerte... ¿Me has oído? No quiero tener inválidos en casa... ¡Ah! Y que sea guapo... el más guapo. Me gustan los muchachos guapos.

OSWALD.- Sí, Brunelda. Se hará como tú dices.

BRUNELDA.- Muy bien. Cierra el balcón.

(OSWALD lo cierra. MARK, tambaleándose, ha ido a desplomarse en una silla.)

OSWALD.- (Al verle.) ¿Qué haces ahí sentado?... Tienes que correr. No tendrás tiempo para ir al mercado... Ya lo has oído... Quiere la comida a la una en punto (Con rencor)... Y el muchacho más guapo que veas.

MARK.- (Angustiado.) Estoy cansado... Deberías tener piedad de mí, Oswald. No puedo moverme. Me duele terriblemente todo el cuerpo.

OSWALD.- Tienes que hacer un esfuerzo... Ya lo sabes. Pronto te sustituirá alguien... Podrás descansar.

MARK.- (Coge por el brazo a OSWALD. Suplicando.) No me dejes hermanito; no me dejes ahora. Hemos estado siempre juntos... ¡Qué haría yo si me echara Brunelda! Me moriría.

OSWALD.- (Triste.) Calla. No hables tan alto... Puede oírnos.

MARK.- (Suplicando.) Tienes que prometer que no dejarás que me vaya... ¿A dónde iría? **(Con cierta energía.)** Sería capaz de reunir las pocas fuerzas que me quedan... y ¡matarte!, ¡mataros a los dos!

OSWALD.- Estás enfermo, muchacho... Has de reponerte... Después podrás empezar de nuevo.

MARK.- (Abatido.) Aquí. Con vosotros, Oswald... Ésta es mi casa... Ésta es la única casa que tengo en el mundo... Ya no podría vivir en otro sitio... ¡No me dejéis! Moriría; estoy completamente seguro.

OSWALD.- Debes ir enseguida al mercado.

MARK.- (Abraza a OSWALD.) Tú no desearás que muera, ¿verdad Oswald, hermanito?... Tú me quieres. Hemos estado siempre juntos.

OSWALD.- (Preocupado.) Lo ve todo. Sabes que ella lo ve todo... Estará muy disgustada... Tienes que marcharte inmediatamente. Estás desobedeciendo... Y no te perdonará.

MARK.- (Muy cansado.) Además, lo del dinero... Ella no quiere oírlo, pero es cierto... No tengo ni una moneda. Le da vergüenza hablar de cosas así..., tan vulgares, delante de este vecino, porque es un señorito... Pero, yo creo que él también..., con sus arrumacos y sus tonterías..., él también se muere de hambre. Como nosotros.

OSWALD.- (Inquieto.) Es un hombre muy distinguido. No lo dudes... Cuando Brunelda consiente en conversar con él, por fuerza ha de ser un señor culto y distinguido... Un caballero elegante... de modales refinados.

MARK.- (Desconsolado.) Pero..., sin dinero no puedo ir al mercado..., en el caso -muy improbable- de que pudiera llegar hasta allí... Los vendedores no quieren verme. Huyen de mí. Me cierran las puertas... Les debemos tanto dinero... Ya no se acuerdan ellos mismos de cuanto es.

OSWALD.- Otras veces lo has arreglado. Eres un chico listo... Ibas sin dinero y, sin embargo, regresabas con buena comida... Brunelda llenaba su boca, insaciable, enloquecida de placer.

MARK.- ¿Sabes lo que he hecho los últimos días?... ¡No! Recogía los desperdicios tirados por el suelo..., o suplicaba llorando a los vendedores que me dieran aquellas cosas, que ya no podrían vender e, indudablemente, pensaban arrojar a la basura.

OSWALD.- Eso no debiste hacerlo nunca. Brunelda es delicada... Necesita alimentos exquisitos... Salmón y pato a la naranja. De la mejor calidad.

MARK.- Lo traía todo en la cesta y, después, en la cocina, lo lavaba bien, cortaba los trozos podridos y lo partía cuidadosamente... con mucha paciencia..., con infinito amor, lograba que aquello tuviera un aspecto agradable y hasta que fuera apetitoso... Todo lo he hecho por Brunelda, porque se sintiera feliz... mi mayor honor era servirla... Y, ahora, me lo paga queriendo que contrate yo mismo a un sustituto... Y que sea un muchacho guapo. ¡El más guapo!... Yo también lo era, Oswald... y ya ves (**Con tristeza.**) Nadie me reconocería... He envejecido cien años arrastrándome a sus pies.

OSWALD.- Es buena, Mark... Te ha sentado a su lado y no contenta con eso te ha dado una tostada de su desayuno... Te ha dejado acariciarla.

MARK.- Eso fue hace un rato... Ya se ha olvidado. En unos minutos ha cambiado completamente. Cree que soy holgazán y torpe... Pero lo único que sucede es que estoy horriblemente cansado... No puedo moverme.

OSWALD.- (**Animado.**) Verás lo que haremos, Mark... Traerás a ese muchacho y, una vez aquí, como al principio no atenderá bien sus obligaciones, se ha de confundir mil veces y acabará haciendo mal las cosas... Entonces, Brunelda se dará cuenta de que no podemos prescindir de ti y consentirá que ese muchacho se quede como ayudante, sólo como ayudante.

MARK.- (**Esperanzado.**) ¿Tú crees que hará eso?

OSWALD.- Estoy convencido, Mark... De esa manera, tú continuarás con Brunelda, haciendo un trabajo mucho más cómodo, de supervisión... Solamente de supervisión... Aunque muchas veces tengas que hacer tú mismo el trabajo más duro, como ahora, por la torpeza del ayudante... Pero podrás tener algunos momentos de descanso.

(Vuelve a golpear BRUNELDA en los cristales.)

MARK.- **(Asustado.)** Llama otra vez.

OSWALD.- No. Sólo quiere que te vayas... Hemos perdido mucho tiempo hablando de tus asuntos... Y tus asuntos no tienen ninguna importancia. Son insignificantes.

(MARK corre, coge la cesta y va a salir.)

...Únicamente yo soy capaz de entenderlos.

MARK.- **(En la puerta.)** Gracias, Oswald... Estoy muy alegre. Podré seguir al servicio de Brunelda... y he comprobado que tú me sigues queriendo.

(MARK sale. OSWALD coge un plumero y, a gran velocidad procede a quitar el polvo de todos los muebles de la habitación. BRUNELDA llama, golpeando en los cristales. OSWALD corre a abrir el balcón.)

BRUNELDA.- **(A OSWALD, dulcemente e intentando que la oiga el vecino.)** Vamos, querido, ayúdame a volver a la habitación... Creo que me he resfriado. **(Al vecino.)** Buenos días, señor. He tenido mucho gusto en pasar este rato charlando con usted

(Ayudada por OSWALD, vuelve al centro, adoptando un aire altanero de gran señora, que desdice con su extrema obesidad y la torpeza de sus movimientos.)

Es muy simpático... y un gran señor, ¿sabes?

OSWALD.- Antes, se lo decía a Mark... Nuestro vecino es un hombre distinguido.

BRUNELDA.- (Coqueteando.) ¡Qué te imaginabas! ¡Cómo, si no, iba a hablar yo con él!... Es muy atento... ¿cómo ha dicho que se llamaba? ¡Ah!, sí... Alexander... Le va muy bien ese nombre... Es elegante y varonil.

OSWALD.- Sin duda, habrá sabido apreciar tus encantos. Se volverá loco esta misma noche... Entrará por el balcón para abrazarte... y dormir contigo.

BRUNELDA.- (Vanidosa.) Naturalmente, querido. Estoy convencida de que si me mostrara un poco asequible..., solamente un poquito... Si le sonriera con dulzura, me pediría que me casara con él... (Riendo.) Pero no seas niño, Oswald, querido, mi corazón es sólo tuyo... No tengas celos, muchacho. (Con gran sensualidad.) Desde que me diste el brazo en aquella endemoniada escalera de cuatro mil escalones, y me apoyé en ti, aspirando toda la fuerza de tu cuerpo... tu sudor de hombre... desde aquel día me tienes esclavizada. Cuando sales de la habitación me echo al suelo..., como una loca..., para besar, para morder tu sombra.

OSWALD.- (Emocionado.) No sabía qué hacer aquella noche... Te miraba como si hubiera aparecido un ángel... un ángel del cielo. Tus ojos venían a traerme la esperanza... ¡tan lejana!... que ya tenía olvidada... Eran acariciadores... como el sol que calienta la tierra. Dulces, como la sonrisa de un niño... Salvajes, como un fuego en el alma.

BRUNELDA.- (Tierna.) Y tú, mi pobre niño, fuiste, desde entonces, el esclavo vigilante de todos mis caprichos... te refugiaste en mi pecho... Yo era el sol que calentaba tu fuego apagado... Retozaste en mi cama como un loco cervatillo, que desea ardientemente volver al seno de su madre.

OSWALD.- Decidí seguirte, Brunelda, hasta la muerte..., estar eternamente a tu lado... ¡Qué más podía ambicionar!... Comprendí que mi vida había estado vacía, sucia... como un río seco..., lleno de barro y de ceniza... Eras la única que podías darle alegría y calor..., la belleza, que en el mundo está oculta... se alejaba... cada vez más... Me recogiste, llevándome hasta ti, cuando ya no podía esperar nada.

BRUNELDA.- (Tierna.) No quisiera causarte más molestias... Eres un hombre joven todavía, y alguna vez añorarás tu libertad.

OSWALD.- ¡De qué vale la libertad si no hay vida! ¡Yo ya no puedo vivir lejos de ti!

BRUNELDA.- (Maternal.) Eres fiel, Oswald. Dices bien. Sin mí no sabrías caminar por el mundo... Eres prudente. No te rebelas contra tu madrecita buena..., contra tu esposa de la noche... **(Reclinándose sensualmente.)** Puedes besarme muchacho... Te doy permiso.

OSWALD.- (Confundido y nervioso.) Quisiera ayudarte más... Traba jar continuamente... Sin ninguna pausa... Pero ya lo ves... Todo se vuelve contra mí en esta casa... Todo se ensucia y se corrompe... El agua huele a orines... y en los rincones saltan arañas y cucarachas... Tú misma estás llena de llagas.

BRUNELDA.- (Cruel.) No te preocupes por esas cosas... Yo huelo a flores... Todavía no puedes comprenderlo. Vete un rato a la cocina... El señor Alexander me acaba de decir, que viene hacia aquí con el Administrador... y piensa pagar hasta el último céntimo de lo que debo... Es un caballero... Habrá que explotarle un poco.

OSWALD.- Debemos más de un año... El precio del alquiler es una miseria en estos tiempos... Pocas pesetas, Brunelda... Si el Administrador consiguiera arrojarnos de esta habitación, después podría cobrar mucho dinero por ella.

BRUNELDA.- Ya te he dicho que el señor Alexander va a pagarlo todo, e incluso está dispuesto a marcharse, si nos vamos nosotros... Y esto de ninguna manera le interesa al administrador, ya que el señor Alexander es uno de los mejores inquilinos. Su piso es el más concurrido de la vecindad... Continuamente hay gente subiendo y bajando la escalera... Todos van a verle... El administrador moriría si no pudiera contemplar este espectáculo.

(Llaman a la puerta.)

(BRUNELDA nerviosa y componiendo la figura.) Ve a abrir la puerta... Después, discretamente, retírate a la cocina.

(OSWALD va a abrir.)

¡Ah!, no te olvides de hacer una reverencia... Son señores importantes... y tú, nada más que un criado... aún tan zafio... Anda, abre ya... No; espera. Recuerda que no debes interrumpirnos por ningún motivo... Estos son asuntos míos...

(Vuelven a llamar.)

...y quiero resolverlos sola. Tu presencia sólo serviría para crear un ambiente desagradable. Esos señores se mostrarían cohibidos. No podrían expresarse libremente delante de un criado.

(OSWALD abre la puerta y entran EL ADMINISTRADOR y ALEXANDER. OSWALD hace una reverencia. EL ADMINISTRADOR lo mira despectivamente, sin saludarle. OSWALD cierra y, de puntillas, atraviesa el escenario y va a esconderse en la cocina.

ALEXANDER es un hombre de unos 30 años, con aspecto de estudiante débil. Es pequeño, calvo y miope y parece fácilmente excitable. Está inquieto.

EL ADMINISTRADOR es un hombre de 50 años, tranquilo, cínico y reservado, con una idea muy clara de lo que conviene a sus intereses y una decisión firme para conseguirlo.)

(BRUNELDA nerviosa.) Pasen, señores... Es un honor recibirles en mi apartamento... Aunque tienen que disculpar tanto desorden... ¡Estos muchachos!... Siéntense... Perdonen que no me levante, pero hace días que me encuentro muy enferma..., hasta el punto de que necesito ayuda para todo.

EL ADMINISTRADOR.- (Rápido, desinteresado.) ¿Qué es lo que tiene, señora?

BRUNELDA.- ¡Oh!, no sé... Debe ser algo de nervios... Me encuentro muy vieja y no puedo soportarlo.

ALEXANDER.- (Cortés y melifluo.) Indudablemente, este encierro... esta habitación tan pequeña ha de perjudicarle, señora.

BRUNELDA.- No puedo hacer nada mejor, creánme. En otros tiempos, yo brillaba en los salones más elegantes... Asistía a las reuniones de la alta sociedad... Tenía muchos compromisos. Realmente, me encontraban encantadora... Pero, hoy, ya ven, nadie me necesita... Me consumo aquí... acompañada de mis recuerdos... Trescientos o cuatrocientos años me contemplan...

EL ADMINISTRADOR.- No debe sentirse triste, señora... La vida en estos tiempos que corremos no es más que una locura desenfrenada que nos oprime el corazón y acaba por hacerlo reventar. Qué más se puede envidiar sino la tranquilidad... Con una pensoncita decente, ¡eso sí!... para los caprichos de la vejez.

BRUNELDA.- (Irritada.) Todavía soy joven, señor administrador... y bella.

EL ADMINISTRADOR.- (Confundido.) Usted ha dicho... He creído oír trescientos..., cuatrocientos años.

ALEXANDER.- (Obsequioso.) ¡Quién lo pone en duda, querida señora! Precisamente, veníamos comentándolo el señor administrador y yo... Una señora tan bella... Es triste que se encuentre en este estado... de postración... de abandono.

BRUNELDA.- (Crudamente.) ¡Dígalo de una vez, Alexander! Rodeada de mierda por todas partes.

(EL ADMINISTRADOR y ALEXANDER se miran consternados.)

EL ADMINISTRADOR.- (Secamente. A BRUNELDA.) No quisiera ofenderla. Estoy seguro de su solvencia, señora Brunelda... Por otra parte, nunca he pensado que... el retraso en los pagos se debiera a mala fe... ni tampoco a una real y absoluta pobreza. Más bien, diría, a negligencia... Son catorce mensualidades, señora y usted sabe que con seis bastan para proceder al desahucio.

BRUNELDA.- (Furiosa.) No lo sé, no sé nada... No entiendo de cuestiones legales... Pero estas conversaciones me amargan... siempre el dinero, como base de nuestras vidas..., con las cosas bellas que existen en el mundo... Me siento ultrajada, señor administrador... ultrajada... Diría más..., prostituida.

EL ADMINISTRADOR.- (Confundido.) No comprendo, señora... Ciertamente, yo no he dicho... Creo que va usted demasiado lejos.

BRUNELDA.- (Voluble.) El dinero me recuerda la prostitución. No puedo remediarlo... Las mujeres sabemos mucho de estas cosas.

ALEXANDER.- (A BRUNELDA.) No se preocupe..., mi adorable señora. Ya está arreglado... Todo arreglado... Será un placer para mí... poder ayudarla.

BRUNELDA.- (Afectada.) ¡Oh!, señor Alexander, me conmueve su generosidad, digna realmente del gran señor que es... No lo olvidaré nunca. Pero no puedo aceptar... Sin embargo, le estoy muy agradecida.

ALEXANDER.- No puede aceptar... ¿por qué?

BRUNELDA.- Se creería usted autorizado a saltar desde su balcón al mío... Dormiría conmigo y me forzaría a la madrugada.

ALEXANDER.- (Afectado.) Le prohíbo, Brunelda, pensar que soy un villano... Es un honor para mí ayudarla sin compromiso, ni obligación alguna por su parte.

BRUNELDA.- (Insinuante.) Quizá le permita acariciar mis pechos a las seis de la tarde... Son hermosas y blancos. Huelen a azahar.

EL ADMINISTRADOR.- (Nervioso.) ...Celebro esa... intimidad. Es muy grato para mí ver que los vecinos viven en buena armonía y no guardan entre sí rencores ni odios. ¡Qué mayor felicidad puede desear un buen administrador! Sin embargo...

BRUNELDA.- Sin embargo, ¿qué?

EL ADMINISTRADOR.- (Muy nervioso.) No quisiera hablar de ciertas cosas, señora, pero para el bien de la comunidad de vecinos, es necesario aclarar su situación.

ALEXANDER.- (Nervioso.) ¿A qué se refiere? ¿No ha sido suficiente con que yo saliera fiador de esta señora y pagara sus recibos?

EL ADMINISTRADOR.- Sí, sí; ha sido suficiente... para mí. Pero como muy bien decía la señora hace unos momentos, existen muchas más cosas en el mundo, que aquellas que se pueden adquirir con dinero... La murmuración no se puede comprar.

BRUNELDA.- ¿Murmuran de mí los vecinos?...

ALEXANDER.- (Ofendido.) No es posible.

BRUNELDA.- Llevo una vida decente. Nadie puede criticarme.

EL ADMINISTRADOR.- Una vida casi inverosímil. Perdóneme, resulta muy difícil comprenderla.

ALEXANDER.- (Pedante y afectado.) Precisamente, porque vive recatada y sola. Por eso la gente no comprende... Se irritan porque tienen delante de sí un ejemplo de pureza, a una verdadera señora que, como tal, es incapaz de llevar una existencia frívola o equívoca. ¡Insensateces del mundo, querida amiga! Su espíritu se eleva por encima de esa inmundicia... los tullidos sienten envidia de la hermosura...

BRUNELDA.- (Emocionada y afectada.) Gracias, señor Alexander... Sé defenderme de esas viles acusaciones. Tengo respuestas para todas.

EL ADMINISTRADOR.- No es mi intención ofenderla, señora. Dios me libre de juzgar las vidas ajenas... Pero existe descontento entre los vecinos. Es... es un hecho real... Aunque pretendamos ignorarlo... Recibo más de quinientas llamadas, al día..., en relación con usted

BRUNELDA.- (Furiosa.) ¡Descontento!... ¿por mí?

EL ADMINISTRADOR.- (Atribulado.) Sí, señora. Lo siento.

ALEXANDER.- Brunelda, señor administrador, no ofende a nadie, no escandaliza..., no exhibe, ni grita sus defectos... -si es que tiene alguno-, como hacen otros vecinos... A ellos, no se les reprocha... Pero han de venir a acusar a una mujer sola que nunca ha dado motivo de escándalo.

EL ADMINISTRADOR.- Lo sé, lo sé... Pero, desgraciadamente, el mundo soporta mal la incertidumbre... Hay demasiado misterio en esta casa..., está rodeada de oscuridad... Nada de lo que en esta habitación sucede es conocido.

BRUNELDA.- (Orgullosa.) No tengo obligación de mostrar a los demás las intimidades de mi casa... ¿No tienen bastante con las suyas?

EL ADMINISTRADOR.- No, señora. No tienen bastante. El mundo puede admitir el pecado, el delito..., incluso la monstruosidad universal pero no lo que permanece oculto... y, cuando no se desvela el misterio, sienten un desasosiego que los hace temblar... e inquieta su alma.

BRUNELDA.- (Altiva.) Abriré la puerta. Todo el que lo desee podrá contemplar lo que ocurre aquí dentro. Se saciará esa curiosidad universal.

EL ADMINISTRADOR.- (A BRUNELDA.) Debe admitir que su vida es un tanto irregular y extraña... No es que a mí me importe, no; pero debemos reconocerlo.

BRUNELDA.- ¿Por qué es irregular mi vida?... Quiere explicarme.

EL ADMINISTRADOR.- No está, precisamente sola... Existen esos dos jóvenes..., unos muchachos, casi unos niños... ¿Por qué la acompañan siempre? ¿Qué extraño poder ejerce sobre ellos, que no se les ve nunca, como no sea en el mercado? ¿Es que viven únicamente para servirla?... Horroriza su mirada triste..., su espantosa vejez..., cuando apenas han cumplido 20 años.

BRUNELDA.- (Con orgullo.) Son mis servidores. Los necesito...

Estoy acostumbrada a que se me trate con regalo y no puedo prescindir de ellos.

EL ADMINISTRADOR.- Pero, se dice que usted no les paga... Trabajan día y noche, sin parar un minuto. Su mayor disgusto es causarle alguna contrariedad.

BRUNELDA.- (Dulcemente.) Sí, es cierto... Son buenos chicos. Se desviven por hacerme feliz.

EL ADMINISTRADOR.- Sin embargo, eso es lo sorprendente... ¿Qué vínculo les une a usted, para que no tengan nunca una tentación de rebeldía?

BRUNELDA.- (Sonríe misteriosa.) ¿Para qué, mi querido señor?... Saben que sólo conmigo tienen algún sentido sus vidas... Si intentaran abandonarme, les pesaría... eternamente.

EL ADMINISTRADOR.- ¡Cómo pueden tan jóvenes renunciar a toda independencia!... Están hechizados.

BRUNELDA.- Hechizados, sí; dice usted bien... ¡Qué mayor hechizo que sentir el calor de mi cuerpo en esta atmósfera tibia!... ¡Ellos!, que vagabundeaban como fantasmas en un mundo enloquecido por la frivolidad.

EL ADMINISTRADOR.- Perdóneme, pero no lo comprendo.

ALEXANDER.- (A BRUNELDA, con entusiasmo.) Sí, es verdad, Brunelda... La vida se encierra en sus manos, madura y plena... usted tiene el poder de hacernos penetrar en nosotros mismos. Cuando estamos a su lado, perdemos el miedo a la muerte... Todo aparece redondo y lleno. Es un remanso de tranquilidad que nos aquieta..., porque tiene explicación para todas las preguntas... ¿Qué se puede hacer, después de haberla conocido, sino estar siempre a su lado y servirla?

BRUNELDA.- Señor Alexander, es usted muy amable. Me abruma con sus elogios... Pero, debo reconocer que algo de razón tiene... Sí preguntara a Oswald y Mark se explicarían en parecidos términos..., aunque, innecesario es decirlo, de una manera infinitamente más torpe.

ALEXANDER.- Ellos son felices, Brunelda, pueden gozar de su presencia... a todas horas.

BRUNELDA.- (Insinuante.) Son mis servidores. Nada más. En cambio, usted es mi amigo... Un gran amigo, que me ayuda... Y con el que me gustaría charlar más a menudo.

ALEXANDER.- (Afectado.) Si no hago absolutamente nada, Brunelda... Mi vida entera le daría por gozar un instante de felicidad con usted

BRUNELDA.- La felicidad se acaba pronto... No debemos buscarla... Siempre me ha parecido ridículo ese desatinado afán por ser felices... El amor, sí. Es distinto... Quizá lo único que merezca nuestro esfuerzo.

EL ADMINISTRADOR.- (A BRUNELDA.) Su poder debe de ser muy grande... Anula la voluntad de los hombres... Se arrastran a sus pies, aniquilados.

BRUNELDA.- Se anulan ellos mismos, señor Administrador... No los fuerzo a nada; no los engaño... Simplemente, que cuando tienen la suerte de encontrarme en su camino, se hace la luz en sus cabecitas locas.

EL ADMINISTRADOR.- No sé..., no sé... Habla un lenguaje muy extraño, señora... (**Dubitativo.**) Pero no cabe duda de que las cosas no marchan bien en esta casa.

BRUNELDA.- ¿Quiere usted oírlo de sus propios labios?

ALEXANDER.- (**Apasionado.**) No necesita llamar a nadie, Brunelda... El señor Administrador puede leer en mis ojos el inmenso placer que siento al someterme a su voluntad. (**A EL ADMINISTRADOR.**) No tengo palabras para expresarlo... ¡Es un sentimiento tan fuerte!... Hay cosas que no se pueden explicar. Deben permanecer ocultas...

BRUNELDA.- Con su permiso... (**Llama.**) Oswald, Oswald. (**A ALEXANDER y a EL ADMINISTRADOR.**) Perdonen... ustedes me permitirán que llame a uno de los muchachos que me sirven... ¡Oswald!

OSWALD.- (**Aparece en la puerta, secándose las manos.**) Brunelda, ¿me llamabas?

BRUNELDA.- (**Contrariada.**) Sí..., pero no para que aparezcas secándote las manos... ¡Qué dirán estos señores!

OSWALD.- (**Sumiso.**) Perdón (**Entra otra vez en la cocina.**)

BRUNELDA.- Deben disculparle... Ya les he dicho que es un muchacho zafio... Aún no se ha acostumbrado a presentarse ante las personas de calidad.

EL ADMINISTRADOR.- Deseaba verle de frente... Siempre queme cruzo con él, en la escalera, lleva demasiada prisa.

(**OSWALD aparece, de nuevo, tímidamente.**)

BRUNELDA.- Oswald, querido, ¿podrías explicar al señor administrador por qué estás conmigo?... El señor Alexander es nuestro amigo. Lo sabes. Él te comprende perfectamente.

OSWALD.- (**Extrañado.**) ¿Que por qué estoy contigo?... ¿Dónde iba a ir después de conocerte?

BRUNELDA.- El señor no entiende por qué me acompañas, sirviéndome con tanta fidelidad... con tanto cariño... Dice que nuestros vecinos, a excepción del señor Alexander, naturalmente, no lo comprenden tampoco.

OSWALD.- No sé explicarlo Brunelda... no sé... Contigo vivo; sin ti, no podría.

EL ADMINISTRADOR.- (A BRUNELDA.) Pero ello no debe impedirle llevar una vida de relación, como todos los seres humanos.

BRUNELDA.- ¿A qué se refiere?

EL ADMINISTRADOR.- A los otros... A todos. A los vecinos, que me abruma a diario con quejas y reclamaciones... Todos desean que abandonen esta casa... Yo, sin embargo, no quisiera perjudicarles... Si pudieran alternar alguna vez con ellos..., interesarse un poquito por sus problemas..., mantener algún diálogo... en buena armonía.

OSWALD.- Tenemos mucho trabajo... Siempre nos falta tiempo para atender a Brunelda.

EL ADMINISTRADOR.- (A OSWALD.) Pero podrán encontrar un rato libre. Alguna vez descansarán.

BRUNELDA.- No pueden descansar... Las necesidades aumentan. El trabajo se multiplica.

EL ADMINISTRADOR.- Hoy tienen una ocasión... Ha muerto un vecino... Estarán todos... Es en el segundo piso... Yo mismo los introduciría.

BRUNELDA.- Lo pensaremos. Se lo prometo... Haremos lo posible.

EL ADMINISTRADOR.- Si les parece demasiado grave la situación para iniciar sus relaciones..., quizá enviando una tarjeta de condolencia... Sería un buen paso.

BRUNELDA.- No es correcto enviar una tarjeta, viviendo tan cerca. Solamente dos pisos más arriba. Pero, por otra parte, me cuesta tanto andar que únicamente con la ayuda de dos hombres robustos podría bajar y, aún con ellos, tardaría más de una hora... Y esos hombres no pueden ser Oswald y Mark. Acaban extenuados del trabajo del día.

OSWALD.- (Complaciente.) Si tú lo deseas...

BRUNELDA.- No, queridito, no podríais. Estáis demasiado cansados.

ALEXANDER.- (**Apasionado.**) Yo puedo hacerlo. Sería un honor.

BRUNELDA.- No, muchas gracias. Resultaría difícil, incluso para usted.

EL ADMINISTRADOR.- (**Confundido.**) Tengo que marcharme... Siento mucho no haber llegado a una solución... Debo decirle, señora, que hoy se celebra una reunión de vecinos y tienen el propósito de tratar lo que ellos llaman... su caso. Bueno, quizá la aplacen por respeto al cadáver... Ése es uno de los puntos más importantes a discutir... Desgraciadamente, todos están de acuerdo. Condenan su aislamiento..., el misterio que le rodea, su insolidaridad... El señor Alexander y yo, aún con nuestra mejor voluntad, poco podremos hacer para tranquilizarlos.

ALEXANDER.- (**Apasionado.**) Yo le defenderé, Brunelda. He anunciado que si usted se marcha, también me iré yo. Lo cumpliré.

(EL ADMINISTRADOR se levanta, dispuesto a marcharse, apesadumbrado.)

EL ADMINISTRADOR.- (**Con una idea súbita.**) Quizás, todavía sea posible arreglarlo... Mañana, a las seis de la tarde, pasará por esta calle..., junto a la casa, la imagen del santo patrono del barrio... Bastará con que se asomen a contemplarla... Todos los vecinos saldrán a sus balcones. Colgarán banderas. Arrojarán flores a la imagen... Si usted se uniera a esa manifestación de júbilo... Únicamente, salud: «Buenas tardes, señora», «Buenas tardes» «¿Cómo está usted señor?»... «Su hijo, ¿va bien en los estudios?»... «Su esposa está ya repuesta, ¿verdad?»... «Realmente, es muy bella nuestra procesión»... «¡Nuestra procesión!»... ¿Comprende?

BRUNELDA.- (**A ALEXANDER.**) Por usted, solamente por usted, haré lo que el señor Administrador indica.

EL ADMINISTRADOR.- (**Entusiasmado.**) Gracias, señora, muchas gracias. En un momento, le prepararé una lista con los nombres de todos los vecinos... y añadiré lo que debe preguntar a cada uno.

**(Saluda a BRUNELDA, atentamente, inclinándose.
ALEXANDER hace ademán de levantarse.)**

BRUNELDA.- No se marche todavía, Alexander... Tenemos que hablar..., los dos solos.

**(Mira a OSWALD, indicándole con los ojos que se retire.
Éste va a la cocina y EL ADMINISTRADOR a la salida.)**

EL ADMINISTRADOR.- (Contento.) Bien, muy bien; muchas gracias, señora... Dentro de un momento estaré aquí..., con la lista.

BRUNELDA.- Mañana a las cuatro... Si no le molesta, venga mañana a las cuatro.

EL ADMINISTRADOR.- (Contento.) Bien, muy bien; sí a las cuatro, a las cuatro en punto vendré.

(Sale. Al salir EL ADMINISTRADOR, entran MARK y DAVID, un muchacho fuerte y altivo, que mira inquisitivamente a todas partes. MARK trae la cesta con provisiones. Hace una reverencia, primero a EL ADMINISTRADOR, y, luego a BRUNELDA y ALEXANDER. DAVID permanece indiferente, contemplándolo todo y MARK le tira del brazo, para que se incline ante BRUNELDA, lo que hace con un movimiento artificial.)

BRUNELDA.- ¿Es ése el muchacho que va a sustituirte, Mark?

MARK.- Sí. Es el único que pude encontrar.

BRUNELDA.- No parece muy atento, ¿verdad?...**(A DAVID.)** Acércate.

(DAVID se acerca, con paso indolente.)

BRUNELDA.- A ver... Acércate más. Quiero verte bien **(Empieza a tocar sus brazos, sus muslos y su pecho, para comprobar su fortaleza.)**

BRUNELDA.- **(A MARK, enfadada.)** ¿Qué haces ahí? Vete a la cocina... Huele muy mal la comida que traes hoy.

(MARK va a la cocina.)

(BRUNELDA a DAVID.) Tendrás que trabajar mucho... ¿Te lo ha dicho Mark?

DAVID.- Soy fuerte.

BRUNELDA.- No basta con que seas fuerte. Has de ser obediente.

DAVID.- Mark me ha contratado. Cumpliré el contrato.

BRUNELDA.- No podrás, si no eres un muchacho listo.

MARK.- **(En la puerta.)** Al principio tendrá dificultades. Pero yo le enseñaré.

BRUNELDA.- **(Furiosa.)** Tú, cállate. Vete

(MARK sale.)

...¿Qué le parece el muchacho, Alexander?

ALEXANDER.- Es agradable... Pero, quizá para usted, no sé... Todo me parece poco.

DAVID.- **(Cortante.)** Creo que se me contrata para servir a la señora.

ALEXANDER.- Eso es un atrevimiento... y no por mí, sino por Brunelda, a la que los dos debemos el mayor respeto. **(Se inclina grotescamente ante BRUNELDA y cae al suelo.)**

BRUNELDA.- (Frívola.) ¡Oh!, gracias, gracias, querido Alexander. Es una impertinencia del muchacho, pero no debemos ser demasiado severos... No puede comprender todavía. Es un salto demasiado grande...

DAVID.- ¿Me podría decir con exactitud cuál es el trabajo que he de desempeñar?

BRUNELDA.- ¿Quiere dejarme un momento, Alexander? Me gustaría dar instrucciones al muchacho... Habré de explicarle algunas cosas claramente... Mi modestia... y mi pudor sufrirían si usted las escuchara... Estos chicos son tan torpes... comprende, ¿verdad?

ALEXANDER.- (Apasionado.) Desde luego, señora... Pero yo... yo daría los años de vida que me quedan por estar junto a usted un minuto más... sólo un minuto **(Se levanta para salir.)**

BRUNELDA.- (Coqueta.) Le espero... le espero siempre. Vuelva pronto, por favor... Me deja consternada..., hundida en la más profunda incertidumbre... A su lado me siento como una chiquilla, Alexander.

ALEXANDER.- Hasta pronto, Brunelda... Guarde un rinconcito de su corazón para mí. Se lo suplico. **(Sale.)**

BRUNELDA.- David, querido muchacho, ven aquí

(DAVID se acerca con precaución.)

Más cerca. A mi lado. Siéntate aquí.

(Él se resiste pasivamente, pero lo rodea imperiosa y engañadora con sus brazos. BRUNELDA, voluptuosa.)

Te voy a contar unos secretos míos... Nunca se lo he dicho a nadie. Te lo aseguro... Serás tú el primero. Verás que no soy mala... Apenas te conozco, pero ya te quiero... Lo comprenderás enseguida... Estarás muy contento conmigo.

...¿Tú sabes quien es Brunelda? ...Te puedo parecer una mujer gorda, enferma, solitaria... y hasta vieja y fea... pero no es cierto... Yo he caminado por encima de los siglos, sin mancharme con el polvo del camino... Yo he surcado las aguas... sin que una gota mojará la orla de mi vestido... Vosotros, los pobrecitos hombres, contáis el tiempo por años... Yo soy eterna, muchacho (**Dulcemente.**) Conozco todos los secretos de la vida... Mas no por ello soy despiadada... Lo que más me conmueve es la dulzura de corazón... Soy tierna... Tú a lo mejor te fijas en esas muchachitas escuálidas y raquíticas..., con los ojos llenos de tristeza... Yo soy exuberante, David... Soy fuerte y hermosa..., de una hermosura que no se puede descubrir con los ojos de la carne... Mi cuerpo es tibio...

(Besa y abraza a DAVID. Éste se muestra receloso y esquivo. BRUNELDA persuasiva.)

...Abandona tu pasado, hijo mío... Vive este instante con todas tus fuerzas... ¡Abrázame!... Quiero que entres a mi servicio... Quiero que vengas a mi mundo... Es amplio y luminoso... No se respira odio en él... No huele a ciénaga... (**Triunfal.**) Brunelda es la madre de los dioses y los hombres... Es la fuerza de la tierra.

DAVID.- (Inquieto.) No me estará engañando, señora... Esos pobres chicos han perdido el color... Están tristes...

BRUNELDA.- ¡Qué sabrás tú, mi pequeño David!... Hay misterios ocultos... y lejanos... Es necesario abandonarlo todo. La mano de Brunelda te guiará a través del infierno, sin que ninguna lengua de fuego roce tu cuerpo. Oswald y Mark son felices..., con una felicidad que los pequeñitos hombres, agitando en el mundo, no pueden soñar.

DAVID.- Están solos... No escuchan... No miran cuando se les habla.

BRUNELDA.- Me escuchan a mí... Se miran en mis ojos... Tú harás igual... Dentro de muy poco... No me abandonarás jamás.

DAVID.- (Inquieto.) Siento frío en los huesos, Brunelda... Tengo miedo.

BRUNELDA.- No te preocupes más chiquillo... Duérmete en mis brazos... Así.

(Le acuna.)

Reclina tu cabeza en mi pecho. **(Con sensualidad.)** ¡Pelos revueltos!... Tienes ojos de pillo... y la sangre nerviosa... Estás ardiendo, muchacho.

(DAVID se adormece.)

¿Tienes sueño, David?... Descansa... Tu cuerpo es como un río dormido en la noche... Eres de plata... Sonríe, querido... sonríe... Ahuyenta los pensamientos negros... Brunelda te protegerá siempre... ¡siempre!... Y no crecerás nunca. No conocerás la muerte... Yo la he vencido.

(Se apaga la luz.)

ACTO II

Cuadro I

MARK y DAVID están sentados en el suelo. No hay nadie más en el escenario. El sol entra por el balcón. Es mediodía. La cama ha sido retirada.

MARK.- (Tratando de convencer a DAVID.) No debes pensar en eso. No podrías comprenderlo nunca.

DAVID.- (Seren.) Yo estaba en el mercado. Sí; buscaba trabajo... Pero, antes de comprometerse se ha de hacer un contrato en el que queden bien claros todos los derechos y las obligaciones.

MARK.- (Nervioso.) Cállate. No comprendes; no comprendes nada... ¡Si te oyera Brunelda!... En esta casa todo es distinto.

DAVID.- (Intrigado.) Pero vamos a ver... La señora está impedida. Necesita que la sirvan... ha de pagar un sueldo... Y dejar unas horas libres..., días de salida, descanso, vacaciones... Es lo acostumbrado... ¿O es que pretende tener criados gratis?

MARK.- (Enérgico) No conoces a Brunelda. Es superior, infinitamente superior a todos nosotros.

DAVID.- (Extrañado.) ¿Por qué es superior?

MARK.- Ella posee el secreto... el más bello secreto... Nosotros nunca lo alcanzaríamos.

DAVID.- ¿De qué secreto estás hablando?... La vida es como el viento, Mark..., como la arena del desierto azotada por el viento... De pronto se forma un remolino y nos sentimos empujados por algo misterioso... ¿Es a eso a lo que llamas secreto? ...¿O providencia?

MARK.- Estoy enfermo, ya lo sabes. Agotado. No puedo resistir más... Y esa puerta está abierta. Podría irme cuando quisiera... Sin embargo, no me muevo de este rincón. Esta misma mañana he suplicado que no me despidieran... que no me echaran de esta casa... He llorado de rabia... Me he sentido solo, como un niño perdido.

DAVID.- Será porque no estás fuerte, Mark... Pero deberías aprender a vivir por tu cuenta.

MARK.- Después de haber pasado tantos años... con Brunelda... ¡Imposible!

DAVID.- Estáis esclavizados... No creas que no os he observado..., a Oswald y a ti... Esa mujer os domina. No disponéis de un solo minuto libre... Habéis renunciado a todo... ¿Crees que así se puede vivir?

MARK.- (Persuasivo.) Es la única manera... No digo yo que sea bueno estar esclavizados, hablando en general. Pero si quien te domina es Brunelda, ¿qué mayor satisfacción puedes encontrar en el mundo?... Si la amas a ella y a nadie más...

DAVID.- (Firme.) No quiero pensar como tú... No quiero pensar nunca así... Me avergonzaría de mí mismo... Yo he nacido para ser libre... Por eso me he escapado de casa... y camino sin estrellas por el mundo... Me gustaría estar enamorado de todos los seres de la tierra.

MARK- Has venido aquí... Te has comprometido a servir a Brunelda... Deberías sentirte orgulloso. Ella te ha recibido bien. Ha hablado contigo.

DAVID.- ¿Es eso extraordinario?... Debe respetarme... Como yo a ella. El hecho de que la sirva no es motivo para que me humille... ¿O es que me hace un favor al dirigirme la palabra?

MARK.- (Convencido.) Ella no humilla nunca, David... Está muy lejos de todo eso... Es como si pretendieras que Dios te humilla... David, eres un niño todavía; un niño rebelde y caprichoso. Perdóname..., no te ofendas... Lo único que quiero es que comprendas (**Emocionado.**) ...la dulzura, la belleza, el encanto de Brunelda... ¡Es algo que nunca has podido soñar! Si te quedas con nosotros... si fueras capaz de olvidarlo todo... ¡Nacerías de nuevo!... Resucitado y puro... No conocerías el sufrimiento.

DAVID.- No pienso quedarme. Hay muchos trabajos por ahí... Nadie me puede obligar a que renuncie a mi libertad.

MARK.- (Pensativo.) Yo he renunciado... Y siento un gran consuelo.

DAVID.- (Obstinado.) No soy como vosotros. ¡Me marcharé!

MARK.- No podrás, David.

DAVID.- ¿Por qué?

MARK.- Brunelda cerrará la puerta. Está acostumbrada a los principiantes... Tienen ideas independientes. Ella dice que sois díscolos, rebeldes.

DAVID.- Me iré ahora mismo.

MARK.- Ya está cerrada la puerta.

DAVID.- (Furioso.) Pero, ¿qué pretende esa mujer?... ¡Encerrarme aquí! ¡Disponer de mí como si fuera un muñeco!... ¡Quiero escapar antes de que sea tarde!

MARK.- (Despectivo.) ¡La libertad! Palabras..., palabras... Las mismas palabras de todos los soñadores... No existe nada más falso, David... ¿De qué te servirá la libertad si de ahora en adelante no vas a saber qué hacer con ella?... **(Emocionado.)** Brunelda te acunará en sus brazos... Quizá, algún día..., Si te portas bien, te besará en la boca.

DAVID.- (Violento.) Me da asco esta casa, ¿comprendes? Me da asco todos... ¿Puedes darme una explicación de esto? ¿Puedes decirme por qué siento un asco tan grande?

MARK.- Todavía te crees el centro del mundo.

DAVID.- ¡Lo soy! ¡Qué me importa a mí la grasienta Brunelda, ni vosotros, sus servidores... estúpidos y degenerados! ¡Qué me importan estas cuatro paredes, pegajosas como si estuvieran vomitadas! ¡Esta suciedad viscosa..., repugnante!...

MARK.- (Perplejo.) Dices cosas muy extrañas, David... Esa repugnancia la llevas en tu pecho. No está en la casa... La habitación es limpia y hermosa... ¿No has visto todavía cómo Brunelda es capaz de transformar en luz... y belleza toda la fealdad que le rodea...? Basta con que sus ojos se fijen en cualquier cosa... o que la roce con sus dedos.

DAVID.- (Acercándose a MARK, temeroso y curioso.) Esa mujer debe ser como un pájaro sangriento y voluptuoso, ¿no?... Se ha acercado lentamente a vosotros..., y os ha asfixiado para gozar con vuestro sufrimiento.

MARK.- (Extrañado.) ¿Nuestro sufrimiento?

DAVID.- Sí; aunque no lo creas... Sufrimiento. El mayor de todos... El de no poder sentirnos a vosotros mismos..., el de no poder encontrar vuestra palabra..., hasta olvidar el propio pensamiento.

MARK.- David..., Oswald y yo andábamos perdidos. Íbamos de un lado a otro del mundo, trabajando en cualquier lugar... desempeñando cualquier oficio. Fuimos camareros, músicos, periodistas, zapateros, procuradores, ascensoristas... Todo era lo mismo. En ningún sitio encontrábamos nada que pudiera curar la tristeza íntima... que se nos clavaba en el alma... Caminábamos hacia la muerte. La muerte está ahí, a la vuelta del camino... ¿Qué llevábamos para enfrentarnos con ella?... ¡Nada! Te lo juro... ni siquiera el dolor..., ese dolor sereno y profundo que pudiera unirnos con el mundo, con todo el dolor del mundo... Entonces, encontramos a Brunelda. Había ido al hotel donde trabajábamos de ascensoristas... Nos llamó. Nos mandó que la siguiéramos... ¡Si hubieras visto al pobre Oswald! ¡Cómo le brillaban los ojos! ¡Qué temblor en todo el cuerpo!... De mí, ¿qué decirte? No veía nada. Andaba como un sonámbulo... Sólo deseaba refugiarme en su pecho. Brunelda nos invitó a una fiesta. Subimos las magníficas escaleras de su palacio, ofreciéndole nuestro brazo... Bueno, fue en Oswald en el que se apoyó. Por eso tiene el privilegio de contemplarla en la intimidad... Después, aquel palacio se desvaneció. Brunelda estaba sola. Nosotros la acompañamos. Vinimos a esta habitación... Y nunca, nunca, hemos sentido la menor tentación de abandonarla.

DAVID.- (**Extrañado.**) ¿Por qué vinisteis?... ¿Cómo fue eso de que Brunelda dejara el palacio?

MARK.- (**Temeroso.**) No sé. No he querido saberlo nunca... No se deben hacer preguntas... Creo que tenía enemigos. Mucha gente la odiaba... Como ahora. Los vecinos se enfrentan con ella. No quieren comprenderla.

DAVID.- (**Firme.**) Necesito hablarle... Si quiere que continúe aquí, tiene que conocer mis condiciones.

MARK.- (**Persuasivo.**) ¿Por qué no te entregas sin desconfianza, ni recelos?

DAVID.- ¡Sin saber lo que ocurrirá después! ¡No!

MARK.- Brunelda es buena. Nos comprende... Nos ve desde una altura a la que no podremos llegar nunca.

DAVID.- No quiero estar nunca en esa altura... ni que me observen desde tan lejos... He puesto los pies aquí... en este cochino mundo y sólo en él pienso vivir.

MARK.- (Entusiasmado.) ¿No te has fijado en sus ojos? ¿En sus caricias?... Cuando permite que te sientes a su lado... y te acaricia... Habla contigo... Algunas veces hasta te da de comer.

DAVID.- (Furioso.) Me repugnan sus caricias... Sus manos grasientas y blandas... Es una mujer gorda y vieja, de ojos grises, muertos... Su comida se me atraviesa en la garganta y una enorme ola nauseabunda me sube desde el estómago.

MARK.- (Nostálgico.) No sabes lo que dices... Si vieras a Oswald. Vive pensando en ella, deseándola... Algunas noches, muy de tarde en tarde, desde luego, le permite acercarse a la cama... Le acaricia en el cuello..., en la nuca, con esa suavidad que sólo sus dedos maravillosos tienen... Pasan toda la noche juntos.

DAVID.- (Despectivo.) ¡Y qué! Eso puedes hacerlo con muchas mujeres.

MARK.- (Indignado.) Con Brunelda, no. Es un privilegio especialísimo que concede a Oswald... Yo mismo, estando tan cerca de ella, nunca lo he disfrutado... Es un placer que supera todo lo imaginable... Pero no pienses en ello. Nunca podrás conseguirlo.

DAVID.- ¡No lo quiero!... ¡Es una prostituta!

MARK.- (Indignado.) ¡Qué dices! ¡Cállate!

DAVID.- (Mordaz.) No seas ingenuo... ¿Qué piensas que está haciendo ahora con ese señor Alexander? ¿Para qué se han llevado la cama?

MARK.- (Con seriedad.) No debes intervenir en sus asuntos... Si concede algunos favores al señor Alexander, es porque se trata de un caballero que nos ayuda en estos momentos..., ¡Tan difíciles!

DAVID.- Ayuda a Brunelda. No a vosotros.

MARK.- ¡Y qué más podemos desear! ...Si ella continúa en esta casa, nosotros también nos quedaremos.

DAVID.- (Irónico.) Y seguiréis sentados en su regazo, como pequeños mamoncillos... o recogeréis las migajas de su desayuno.

MARK.- (Condescendiente.) También tú tendrás derecho... Pronto.

DAVID.- (Mordaz.) Sí. A que me toque los muslos y los brazos con sus dedos gordezuelos y sebosos... A que trate de averiguar si soy bastante fuerte para servirla.

MARK.- Te ha mirado con benevolencia... Me parece que le has gustado.

(Entra BRUNELDA, desde las habitaciones del interior, despeinada y con el vestido en desorden.)

BRUNELDA.- (Ríe.) ¡Qué presuntuosos sois!... Os he oído. Pensar que a mí me va a gustar un chiquillo como David... Me gustan los hombres... Los hombres que me torturan..., de muslos fuertes y duros... y con toda la violencia del mundo en sus brazos... Yo soy muy antigua, muchacho... Lo he conocido todo... Sabed que lo más hermoso es sufrir... y hacer sufrir.

MARK.- (Asustado.) Perdóname, Brunelda... Sólo trataba de enseñarle lo que ha de hacer.

BRUNELDA.- (Ríe.) No... no te preocupes, Mark... Has estado muy ocurrente. Me habéis hecho gracia... Hace mucho tiempo que no me reía tanto.

DAVID.- (Con firmeza.) No creo que haya motivo para reírse... Todo esto es demasiado extraño... Me ahogo en esta habitación.

BRUNELDA.- (Altanera.) Ya sé, ya sé que eres un chico independiente... ¡Quieres comprender!... Ése es un extravagante deseo... Pero, poco a poco irás aprendiendo. No se puede pretender que asimiles en un momento... este pequeño mundo **(Señala la habitación con sus brazos.)** todavía... tan difícil para ti... necesita años..., muchos años.

DAVID.- (Rebelde.) No pienso esperar tanto tiempo. Me marchó.

BRUNELDA.- (Irónica.) ¿Lo oyes, Mark?... Es realmente divertido **(A DAVID.)** No quiero discutir contigo. Estoy con un señor importante... si no fueras tan torpe, podrías sospechar siquiera que las rebeldías de un hombrecillo tan insignificante como tú son muy divertidas... Me hacen reír... **(Llamando.)** Señor Alexander, puede usted salir... Estos muchachos ya se van.

(Aparece ALEXANDER.)

DAVID.- (Altanero.) Me da una gran alegría, señora. Porque no quiero continuar aquí ni un minuto más.

BRUNELDA.- (Furiosa.) ¡Cállate!... ¡No sé cómo puedo perdonarte esas palabras!... Te salva tu ignorancia... Esa ignorancia de niño mal criado... No eres más que una criatura salvaje.

(MARK está muy nervioso y trata de convencer a DAVID para que no siga hablando.)

ALEXANDER.- (Adulador.) No permitas que te exciten, Brunelda. No pierdas la calma por ellos. No lo merecen.

BRUNELDA.- Iros a la cocina (A DAVID.) Te quedarás aquí. Ésa es mi voluntad. No admito discusiones.

(DAVID se precipita hacia la puerta de salida, intentando huir. Forcejea, pero no consigue abrirla. BRUNELDA furiosa.)

No te marcharás, ¡te lo he dicho!... ¿Te crees más fuerte que yo, estúpido?

(MARK acude a la puerta, para contener a DAVID.)

MARK.- (Persuasivo.) No lo intentes, David. Es imposible... olvida esas ideas. No harán más que perjudicarte... Verás lo bien que lo pasas con nosotros... Aquí serás feliz. Los tres juntos... Obedeciendo a Brunelda.

(Suavemente, MARK conduce a DAVID, hacia la cocina.)

BRUNELDA.- (A DAVID, **amenazadora.**) Oswald es fuerte. Mucho más que Mark. Más que tú... Tenlo presente... Si es necesario matarte, te mataremos. Pero no te irás... Cuando Brunelda decide algo... no hay poder en el mundo que le haga desistir.

(MARK y DAVID salen.)

¡Oh!, Alexander. No quisiera tenerlos a mi lado... Al principio, son rebeldes... e incluso cuando consigo dominarlos, no llego a estar segura. Nunca estoy segura... Sólo Oswald se me ha entregado sin reservas.

ALEXANDER.- (Apasionado.) No debes pensar en ellos. Eres demasiado generosa, Brunelda.

BRUNELDA.- (Con intimidación.) ¡Qué bueno eres!... ¡Qué consuelo me dan tus palabras!... Si supieras lo que significan para una pobre mujer que ha sufrido tanto.

ALEXANDER.- (Apasionado.) Vamos a olvidar el pasado, cariño.

BRUNELDA.- (Secamente.) ¡Imposible!

ALEXANDER.- ¿Por qué?... Juntos lo olvidaremos... Confía en mí.

BRUNELDA.- No puedo confiar en los hombres.

ALEXANDER.- (Obsequioso.) Éste es un momento feliz, Brunelda... No quiero verte triste... Brindemos por este encuentro... por la felicidad...

BRUNELDA.- (Irónica.) No seas vanidoso, querido... Estás loco de contento porque has hecho el amor conmigo... Pareces un niño vestido de marinero... ¡Ay!, Alexander, si supieras los que han pasado por mi lecho antes que tú...

ALEXANDER.- (Confuso.) No te he preguntado nada... No me importa.

BRUNELDA.- (Sarcástica.) ¿Sabes cuántos maridos he tenido, caballero andante?

ALEXANDER.- (Servil.) Te he pedido que olvidaras el pasado...

BRUNELDA.- (Sin escucharle.) Si no recuerdo mal, creo que han sido veintiocho... Todos murieron.

ALEXANDER.- (Nervioso.) Vamos a brindar... por nosotros..., por el amor que ha nacido hoy...

BRUNELDA.- (Violenta.) Pero ¿con qué quieres que brindemos?... No tengo dinero para comprar licores... No esperes embrutecerme como si fuera una mujerzuela.

ALEXANDER.- (Muy nervioso.) Brunelda, ¡por Dios!... ¿por qué dices esas cosas?... Tengo champagne..., un champagne especial. Lo reservo para las grandes ocasiones... Es un minuto..., en un minuto subo.

BRUNELDA.- (Altanera.) ¿Sabes dónde me gustaría hacer el amor?

(ALEXANDER guarda silencio BRUNELDA furiosa.)

¡Contesta!

ALEXANDER.- (Débilmente.) No.

BRUNELDA.- (Sensual.) En los mares del Sur..., bajo una luna redonda y bella como el sol... El murmullo de las olas que ríen como adolescentes... Una atmósfera suave..., tibia... El cielo estrellado y sensual... A lo lejos se oye una canción marinera..., cantada por una voz bronca..., una voz de hombre. Es el sitio ideal para morir, Alexander... Allí se abrazan el amor y la muerte... El único lugar donde los hombres son hermosos.

ALEXANDER.- (Con temor.) ¿Por qué hablas de la muerte?... En estos momentos... Brunelda, ¿te he ofendido?

BRUNELDA.- (Cruel.) Los zánganos que me fecundan deben morir.

ALEXANDER.- (Muy asustado.) Estás bromeando, ¿verdad?

BRUNELDA.- (Sarcástica.) Naturalmente... Es ridículo pensar que pueda ser fecunda a los cuatrocientos años... Necesitaría un atlante.

ALEXANDER.- (Suspira aliviado.) ¿Quieres que bailemos, cariño?

BRUNELDA.- (Soñadora.) Bailar... bailar..., bailar eternamente... Mecerse en los brazos del viento..., dejarse llevar por el mar..., oír el grito angustiado de un niño..., en el vientre... ¡Qué doloroso es envejecer!... ¡Qué lástima morir en esta ciudad fría!..., bajo un cielo cárdeno y oscuro..., a la luz de un sol amarillento y sucio... Nunca me han gustado las ciudades para enterrar a mis amantes... Hay demasiado humo. Mi mayor alegría es ver sus cadáveres risueños..., dulcemente acostados sobre la arena del mar... ¡Qué soberbios funerales en la noche para los que mueren de amor!

ALEXANDER.- (Con miedo, hace ademán de marcharse.)
Brunelda, ¿prefieres estar sola?

BRUNELDA.- Nunca estoy sola... Es la terrible condena de mi vejez... Necesito a los hombres..., aunque sean tan estúpidos como vosotros.

ALEXANDER.- (Inquieto.) Perdóname...

BRUNELDA.- (Ríe con alegría.) Si no tengo nada que perdonarte, querido... Me has hecho un gran favor... Nunca me olvidaré. He debido decir muchas tonterías, ¿verdad?... A veces me ocurren estas cosas... Me quedo traspuesta..., muy lejos de la realidad... y siento como si un viento malvado se metiera dentro de mí... y dijera palabras crueles... y horribles... Tú eres el que tiene que perdonarme... Te quiero, Alexander.

ALEXANDER.- (Aliviado.) No eras tú, entonces, la que hablabas. He sentido miedo... No comprendía tus insultos... Me has amenazado.

BRUNELDA.- (Cariñosa.) ¿Te he amenazado?... ¡Pobrecito!..., todavía estás temblando.

ALEXANDER.- (Sollozando, se abraza a BRUNELDA.)
No me abandones Brunelda. ¡No me abandones nunca!

BRUNELDA.- Vamos, vamos... no te echarás a llorar como un niño... No sufras... No te acuerdes de lo que he dicho... No son más que fantasías... Aún no ha llegado tu hora, querido... Pero sécate esas lágrimas... Oswald nos espía... Está en la puerta de la cocina con el oído puesto en la cerradura, muerto de celos... Cree que no debo estar contigo, Alexander... **(En voz alta.)** Oswald.

(Aparece OSWALD.)

OSWALD.- (Huraño.) ¿Me llamabas?

BRUNELDA.- (Voluble.) ¿Estás triste, queridito?

OSWALD.- Sí.

BRUNELDA.- ¿Por qué, Oswald?

OSWALD.- Me has separado de ti... No me dejas ya soñar contigo en la cama... No me acaricias los muslos.

BRUNELDA.- El señor Alexander es un buen amigo... Él me ha ayudado a resolver nuestros problemas...

OSWALD.- Sí; es un caballero.

BRUNELDA.- (Impaciente.) Pero no te gusta que se haya quedado conmigo... Di la verdad.

OSWALD.- (Apasionado.) Yo moriría por defenderte. Nunca habrías salido de esta casa... Al que hubiera intentado echarte, lo habría matado.

BRUNELDA.- (Voluptuosa.) No seas niño, Oswald. No puedes estar siempre conmigo. Debo tener amistades..., buenas amistades.

(Acaricia sensualmente a ALEXANDER.)

...El señor Alexander es un gran hombre. Me comprende... Le quiero, Oswald. Tengo derecho a repartir mi corazón.

OSWALD.- (Con amargura.) Sí; Brunelda. Yo no soy más que tu servidor... Felicito al señor... Debe ser muy dichoso.

ALEXANDER.- (Vehemente. A OSWALD.) Usted lo es mucho más que yo... El último de los servidores de Brunelda lo es infinitamente más... Están todo el día con ella, la ven..., tocan las mismas cosas que sus manos acarician... Yo sólo puedo verla de lejos y ello con dificultad, de balcón a balcón, y muy pocas veces... No me envidie, Oswald, por estos minutos de intimidad... Soy el único que tengo derecho a envidiar, cuando pienso en las horas que están juntos... ¡día y noche!

BRUNELDA.- (A ALEXANDER.) Tú no lo resistirías, querido... Después de todo lo que tienes que trabajar durante el día, caerías enfermo.

OSWALD.- (A BRUNELDA, **nervioso.**) Tú nunca estás agotada. Nunca te cansas... ¿por qué?

BRUNELDA.- (**Extrañada.**) ¿Me haces preguntas, Oswald? ¿Tú también me preguntas?

OSWALD.- Perdóname... Sufro mucho, Brunelda. Me vuelvo loco pensando que algún día dejaré de estar a tu lado... (**Suplicando.**) ¡Por favor!, dime que no me echarás nunca de esta habitación.

BRUNELDA.- ¿Sufres, Oswald?... También sufren Mark y David... Sin embargo, ellos no tienen tus privilegios.

OSWALD.- (**Confuso.**) Sí; a veces pienso que soy egoísta... También ellos podrían disfrutar de tu amor... Al menos Mark. Lleva muchos años contigo... ¡Le haría tanta ilusión acostarse una noche contigo!... Aunque sólo fuera media hora.

BRUNELDA.- (**Tierna, pero firme.**) Eres muy bueno... ¡Pobre Oswald! Pero, eso lo decido yo. ¿No crees?... Ahora asómate. Ya son las cuatro. He prometido al señor Administrador que saldría al balcón a ver esa procesión.

(OSWALD abre el balcón. Se oye una música lejana, monótona e insistente, que, poco a poco, se acerca. BRUNELDA con talante comprensivo. A ALEXANDER.)

Estas cosas les ilusionan mucho. Son unos niños, todavía. No reflexionan. Están confiados..., sin tener que hacerse cargo de sus problemas... Yo velo sus almas infantiles.

ALEXANDER.- Se te han entregado... Tú los cuidas. ¡Qué mayor felicidad pueden soñar!... Les has regalado una infancia eterna.

(Llaman a la puerta.)

BRUNELDA.- Oswald... abre. Será el señor Administrador.

(OSWALD va a abrir, dejando el balcón abierto. Se oyen más cercanos, los sones de la música. Entra EL ADMINISTRADOR.)

EL ADMINISTRADOR.- (Eufórico.) Es un gran día, señora; un gran día... Hay una extraordinaria animación... Todo el mundo está alegre... Me complace ver que, al fin, ha comprendido... Los vecinos se lo agradecerán muchísimo... ¡Su compañía!

BRUNELDA.- ¿Trae usted esa relación de los vecinos?

EL ADMINISTRADOR.- Sí, señora; aquí está. Uno por uno. (Saca un largo papel del bolsillo y lo desenrolla, mostrándolo a BRUNELDA.) Con sus problemas anotados al margen... Los más actuales y graves, naturalmente. Una relación detallada de todos y cada uno de sus problemas sería interminable.

(BRUNELDA lee el papel por encima.)

BRUNELDA.- (Despectiva.) ¿No se ha dado cuenta de que todos son iguales?... Es de una horrible monotonía.

EL ADMINISTRADOR.- ¡Oh!, no, señora... Para ellos, no. Cada uno cree que su problema es el más grave... Se consideran muy desgraciados, y a la vez, se sienten orgullosos de sí mismos por ser capaces de soportarlos e, incluso, de imaginar soluciones que les parecen acertadas... Pero, vamos, vamos. No perdamos ni un minuto más... Debe mantener los ojos muy abiertos, señora... fíjese en todos. No permita que se le escape ningún detalle.

BRUNELDA.- Sí; vamos allá... Alexander, ¿quiere ayudarme?

ALEXANDER.- ¡Cómo no!

BRUNELDA.- Gracias... (Llama.) Oswald... Oswald, tú por el otro lado.

(OSWALD acude y entre ALEXANDER y él, conducen penosamente a BRUNELDA hasta el balcón. EL ADMINISTRADOR camina detrás de ellos y va hablando muy entusiasmado.)

EL ADMINISTRADOR.- (Afectado, cursi.) Observe los rostros de los vecinos. Vea la alegría que resplandece en ellos... A pesar de las desgracias que los afligen... Y contemple detenidamente el colorido, la luz, el brillo de los trajes -trajes de fiesta, sin duda-... La alfombra de flores, sobre la que pasará el cortejo del Santo... Y los rasgos, la perfección anatómica, la línea acabada de la imagen... Sin embargo, no es esto lo más importante. Lo verdaderamente único, que llena nuestras almas de un dulce y callado sentimiento místico, es la expresión concentrada y suave, transfigurada y, al tiempo humana, de nuestro Santo. El Santo Patrón del barrio donde nacimos.

(Se asoman todos, con dificultad, al balcón. Pero, de manera que BRUNELDA queda en una posición central destacada, para ser vista por el público.)

BRUNELDA.- (Saludando a los vecinos, a derecha e izquierda, con movimientos estereotipados y voz indiferente.) «Buenas tardes, señor. Encantada»... «¿Cómo está, señora? Me alegro mucho de verla repuesta»... «Ya, ya supe por el señor Administrador de su enfermedad»... ¿Cómo?... Sí, sí. Yo he estado en la cama mucho tiempo... ¡Oh!, no sé... supongo que más de cien años... (Pausa.) No se extrañe. Ha ocurrido muchas veces... Se queda una dormida durante un siglo (Hablando consigo misma.) y cuando se despierta, todo continúa exactamente igual... La misma suciedad en la habitación... un horrible dolor en las piernas... y el cuerpo que pesa como antes, más de quinientos kilos... (Con rencor.) Idénticos rostros..., esas caras famélicas... tristes y cobardes... Oswald y Mark zumbando como abejorros lascivos alrededor de mi cama... ¡No se saciarán! Ni aunque me abandonara en sus brazos otros cien años,... ¡Sus cuerpos son raquíticos y pobres...! ¡No crecerán nunca!... Brunelda necesita hombres fuertes. Por encima del bien y del mal... No son capaces más que de hacer porquerías como los niños..., como los niños quieren violar a su madre... se consumen de miedo y de lujuria...

¡Todos son iguales! Mark se sienta, como un desdichado, en ese montón de trapos... y se pasa las horas muertas quitándose los piojos y rascándose la lepra... **(Con asco.)** Oswald es un puerco... Sueña con los ojos abiertos, reclinado en mi cama... Debe tener alguna enfermedad venérea. Es un vicioso. Y como si fuéramos pocos, me viene esta maricuela de Alexander..., con su bigotito hitleriano... **(Con desprecio.)** El muñeco de guardarropía...

No levanta dos palmos del suelo y quiere abrazarme entre mis propias sábanas... ¡Habrás visto!... Pero yo sé lo que pasa... En su cochina vida ha visto a una mujer desnuda... y quiere convencerse, el desgraciado, que ha estado guardando su castidad para ofrecérsela a Brunelda... ¡Insolente!... Cualquier día le meto en mi cama y lo aplasto... lo estrangulo antes de nacer... y lo entierro en la cocina **(Ríe sardónicamente.)** Así, cuando no tengamos comida..., lo tragaremos con pan untado de mantequilla... **(Cruelmente, a ALEXANDER.)** Alexandrito, pequeñín mío..., mostachines, valentón..., mi Cid Campeador.

ALEXANDER.- (Emocionado.) ¿Qué deseas de mí, Brunelda?

BRUNELDA.- ¿Te gusta la mascarada del patrón del barrio?

ALEXANDER.- (Indeciso.) No sé, amor mío... No puedo ver bien.

BRUNELDA.- ¿Sabes de lo que tengo ganas, cariño?

ALEXANDER.- No... Tú dirás.

BRUNELDA.- (Ríe sardónicamente.) De hacer pipí en el balcón.

ALEXANDER.- (Atemorizado.) Te pueden ver los vecinos...

BRUNELDA.- (En el mismo tono.) Eso los animaría un poco, **(Grita.)** Oswald, trae el orinal.

EL ADMINISTRADOR.- (Avergonzado.) Señora, por Dios, la están oyendo todos.

BRUNELDA.- (Grita.) No son más que un atajo de cobardes **(A OSWALD, que está indeciso.)** Oswald, ¿qué te he dicho?

(OSWALD va hacia el montón de trapos y de allí saca un orinal. Avanza con él.)

Muy bien, Oswald... Ahora, nosotros..., a pleno sol, vamos a tener nuestra fiesta particular... (A ALEXANDER.) Alexander, arrodíllate

(ALEXANDER se arrodilla. Ríe.)

Bésame los pies... Puedes acariciarme los tobillos... Pero no se te ocurra mirar por dentro... que te daría un infarto de miocardio, locuelo. Eres un perro fiel... Así me gusta... Te dejaré que vengas a verme esta noche.

(OSWALD deja el orinal en el suelo.)

...Oswald, ¡baila!... Vamos a bailar todos... Hoy es un día alegre... ¡Hay que divertirse!

(BRUNELDA toca palmas, mientras se mueve grotescamente y OSWALD baila cansado y con torpeza. ALEXANDER se arrastra por el suelo, siguiendo a BRUNELDA. EL ADMINISTRADOR, muy nervioso, gesticula, dirigiéndose a los vecinos. Se oyen unas campanas y BRUNELDA se agita frenéticamente.)

Cuadro II

Es de noche. En el centro, la cama de BRUNELDA, como en el Acto I. En escena, están BRUNELDA, dormida en la cama; OSWALD, al lado de ella, sentado en el suelo y con la cabeza reclinada sobre el cuerpo de BRUNELDA; MARK y DAVID, los dos echados sobre el montón de trapos y papeles, en el rincón derecho del fondo. En el escenario poca luz.

DAVID.- (Sin poder dormir.) ¿Duermes, Mark? ¿Duermes?

(Silencio.)

¿Me oyes, Mark?... Tengo miedo.

(Acaricia la cabeza de MARK.)

Yo no quería venir a esta casa... Algo en el corazón me decía que aquí no me ocurrirían más que desgracias.

MARK.- (Soñoliento.) ¿Qué quieres?... Es muy tarde.

DAVID.- (Con miedo.) No puedo dormir... Estoy temblando.

MARK.- (En voz baja.) Pues calla. Si se despierta Brunelda, te castigará... Tiene el sueño muy ligero.

DAVID.- (Suplicando.) No quiero continuar aquí, Mark... Tú eres mi amigo. Tienes que ayudarme.

MARK.- Lo mejor que puedes hacer es dormirte... Cuenta hasta cien..., mil, un millón... Cierra los ojos... Piensa que descansas en los brazos de Brunelda.

DAVID.- (Muy inquieto.) Estoy nervioso... Tengo miedo.

(MARK hace un gesto, indicando que desea dormir.)

Escúchame, hermanito... ¡Por favor, escúchame!... En esta habitación no hay aire... ¡Me ahogo, Mark!, ¡Hermanito!

MARK.- (Secamente.) Mi único hermano es Oswald. Tú has llegado hoy... Apenas te conozco.

DAVID.- (Suplicando.) No importa... habla. Dime algo... o, al menos, escúchame, deja que yo te hable.

MARK.- (Nervioso.) Estoy muy cansado... y enfermo... tengo que ir todos los días al mercado, hacer la comida, escogiendo entre los desperdicios las pocas cosas que no repugnen a su paladar... Después he de fregar, barrer todos los rincones, hacer los recados... y cumplir las órdenes, todas las órdenes de Brunelda... Y todo ello a la mayor velocidad, sin parar un momento.

DAVID.- (Débilmente.) Me duele mucho el estómago... Creo que tengo fiebre... Tengo mucho frío.

MARK.- (Enérgico.) No puedes caer enfermo. Brunelda te necesita... Mañana habrás de trabajar durante todo el día.

DAVID.- Mañana no estaré aquí.

MARK.- (Cansado.) Calla, muchacho, y procura dormir.

DAVID.- (Angustiado.) No puedo... no puedo estar encerrado en esta habitación... Mark, ¿no te das cuenta qué mal huele?... Es este olor el que me revuelve el estómago. **(Con rencor.)** El sudor ácido de esa mujer repugnante.

MARK.- (Tratando de convencer.) David, pronto amanecerá. Si no duermes, mañana no tendrás fuerzas... Brunelda se enfadará... y con razón. Siempre tiene razón, desde luego, pero en este caso tú serás el único culpable, ya que apenas hace unas horas le aseguraste que eras un muchacho fuerte..., cuando ella tocaba tus muslos para comprobarlo.

DAVID.- Estoy enfermo, Mark. Es verdad... Siento una terrible opresión en el pecho... Estoy tiritando.

MARK.- Duerme. Se te pasará.

(MARK da media vuelta, evitando la conversación y disponiéndose a dormir. Hay unos instantes de silencio absoluto. Después, DAVID, se incorpora sigilosamente y va despacio hacia la puerta. Al intentar abrirla, hace un pequeño ruido y BRUNELDA se revuelve, inquieta, en la cama. DAVID, queda inmóvil, asustado. Pronto reacciona y va a buscar la llave que esta colgada en la pared. La coge y, despacio, va a abrir la puerta. Cuando está intentándolo, despierta BRUNELDA.)

BRUNELDA.- (Furiosa.) Oswald, Oswald... Mark.

OSWALD.- (Despertando.) ¡Eh!... ¿Qué pasa?

BRUNELDA.- Están andando en la puerta, Oswald. ¿No oís?... **(Frenética.)** Es ese golfo... ese muchacho que ha traído Mark.

(OSWALD se ha incorporado y va hacia la puerta. MARK se sienta, asustado. BRUNELDA incorporada, frenética.)

Quiere escapar, condenado; quiere escapar. Oswald, no se lo permitas.

(OSWALD coge a DAVID, pero éste trata de desasirse con todas sus fuerzas. Forcejean, luchan. BRUNELDA a MARK.)

Si no fueras tan inepto, Mark. Nunca has servido para nada... Te encargo que busques a un muchacho y traes al más degenerado que encuentras.

(Por un momento, parece que DAVID domina a OSWALD.)

Levántate. Ve a ayudar a Oswald.

(MARK se levanta, despacio.)

¡Estás muerto!

(MARK, por fin, se dispone a ayudar a OSWALD, no sin repugnancia, como movido por alguna fuerza superior que le condujera.)

¡Enciende la luz! ¡Quiero verle la cara!

(Se enciende la luz.)

...En la oscuridad viven mejor los animales venenosos.

(Entre OSWALD y MARK logran reducir a DAVID.)

Traedlo aquí.

(Lo llevan junto a BRUNELDA.)

¡Malditas piernas!... ¡Si me pudiera levantar para castigarte como mereces! (BRUNELDA **trata de incorporarse, trabajosamente. Furiosa.**) Golfo rebelde, ¡degenerado!... ¿Cómo se te ha podido ocurrir una idea tan estúpida?... Has querido desafiarme. ¡No me conoces!... Te he dicho esta mañana que no te marcharás nunca.

DAVID.- (Profundamente.) ¡Te odio!

(OSWALD, al oír esto, golpea a DAVID.)

BRUNELDA.- (Excitadísima.) ¡Castigadle! ¡Castigadle, hasta que acabéis con él!... Es un demonio rebelde... Dice que me odia ¡me odias! Sí, -lo sé-... por eso te mataré... con mis propias manos.

(OSWALD y MARK golpean a DAVID, hasta que cae al suelo.)

Y ahora..., ahora, ¿sigues odiándome?...Te gustaría escupirme en la cara ¿verdad?...¡Estás loco!... Pretendes escapar a tu destino.

DAVID.- (Gimiendo.) Soy libre.

BRUNELDA.- Me odiarás más aún..., si es que eso es posible. Tu mayor felicidad sería estrangularme lentamente..., acercando tu sucia cara a mis labios... sorbiendo mi aliento... y repitiendo sin cesar que lo haces porque me odias.

OSWALD.- (Fanatizado.) Tú tienes la fuerza y el poder, Brunelda... Le castigaremos, le destruiremos si tú lo ordenas.

MARK.- (Repitiendo mecánicamente.) Si tú lo ordenas.

BRUNELDA.- (Despectiva.) Dejadle ahí... Vencido..., como un guiñapo... Que me diga quién es más fuerte... ¡Él o yo!

OSWALD.- No debes perder el sueño por este muchacho miserable. No merece siquiera que le mires... ¡Es un cerdo!

BRUNELDA.- (Furiosa.) ¿Quién es más fuerte? ¿David, el pequeño salvaje que quiere burlarse de Brunelda, o yo?... ¡Contesta! ¿Quién es más fuerte?... ¿La hormiga o Dios?... ¿El gusano que pisa la tierra... o la tierra?

DAVID.- (Con voz apagada.) Dios.

BRUNELDA.- (Con cierta complacencia.) ¿Escucháis? ...Dejadle que hable.

DAVID.- (Gimiendo, pero con firmeza.) Pero tú no eres Dios.

BRUNELDA.- (Enfurecida de nuevo.) ¡Qué dices!

OSWALD.- No hables más con él... Debe de estar loco.

MARK.- (Como un eco.) Sí, debe de haber perdido la cabeza.

DAVID.- Tú solo eres una mujer endemoniada.

OSWALD.- (Rápidamente, con la pretensión de hacer olvidar las últimas palabras de DAVID.) Le llevaremos a ese rincón y le vigilaremos para que no se mueva..., hasta que recobre la razón y te obedezca... o, si lo prefieres, le mataremos.

MARK.- (Con cierta dignidad.) No quiero seguir durmiendo a su lado.

BRUNELDA.- (Cruel, pero con irritación por su fracaso.)
¡Callaos los dos! Me encanta oír lo que dice... Está hablando...
Escuchad. Va a morir y continúa hablando..., hablando... como
si las palabras pudieran servirle de algo.

DAVID.- (Con odio.) Tú no eres más fuerte...

BRUNELDA.- (Rabiosa.) Y, ¿si te mato? ¿si destrozo tu
cuerpo, no seré más fuerte?

DAVID.- (Recobrándose.) Estás nerviosa..., muy excitada...
Procura calmarte... ¿Es que un muchacho tan insignificante
como yo puede hacerte enloquecer?

OSWALD.- (Algo perplejo, ante la resistencia de DAVID.)
Hazle callar, Brunelda.

BRUNELDA.- (Frenética.) Vas a decir que me obedeces,
que me servirás siempre. Vas a decirlo... ¡Besarás el suelo
delante de mí!

DAVID.- (Firmemente.) No diré nunca eso... Si me arrancas
esas palabras por la fuerza, eternamente oirás mis gritos de
rebeldía... ¡Me harás besar el suelo, pero mi corazón te odiará
siempre!... No eres tan poderosa.

MARK.- (Asustado, se abraza a OSWALD.) Tengo miedo,
Oswald.

BRUNELDA.- ¡Tu rebeldía!... Me hace gracia... ¿De qué te
va a servir esa estúpida rebeldía? Estás vencido... ¡Es que no te
das cuenta, imbécil!

DAVID.- No me vencerás nunca. Podrás hacer que viva
encerrado en tu sucia habitación... Podrás martirizarme...
matarme..., pero no me doblegaré jamás... Tienes un poder
ridículo... No acabarás nunca con mi odio.

BRUNELDA.- (Furiosa.) Cogedle. Llevadle a ese rincón...
No quiero verle.

DAVID.- Sólo te obedecen Oswald y Mark... ¡Mis pobres
compañeros!... Nadie más en el mundo te conoce... Pero ellos no
saben todavía que tu poder está agonizando... Te pudres como
un montón de carne hedionda... Eres una bruja grotesca... y lo
peor es que ya no estás de moda.

OSWALD.- (Asombrado.) Pero, ¿cómo te atreves? (A
BRUNELDA.) ¿Cómo se atreve?

MARK.- (Atontado.) Es verdad, ¿cómo puede atreverse a decir esas cosas, Oswald?, y ¿cómo no le mata Brunelda?... ¿Por qué no le matas? ¿A qué esperas?

(BRUNELDA vacila. OSWALD y MARK se miran asombrados y perplejos. El poder de BRUNELDA parece derrumbarse.)

BRUNELDA.- (Tratando de dominar la situación.) Atadlo bien... ¡Que no pueda escaparse!... Quiero verle mañana... Todavía vivo... Para torturarlo.

(OSWALD y MARK han llevado a DAVID al rincón y allí proceden a atarle cuidadosamente.)

DAVID.- Conmigo has fracasado, Brunelda... No lograrás nunca que te ame... ¡jamás!... No dejarás de escucharme. Mi voz llenará tus noches de terror.

BRUNELDA.- Oswald, hazle callar.

MARK.- (A DAVID, en voz baja.) La fiebre te ha trastornado... Debes estarte quieto... Debes callar..., callar siempre... callar. Ya va a ser muy difícil conseguir que Brunelda te perdone, pero si sigues diciendo esas cosas te estrangulará ella misma.

OSWALD.- (A DAVID.) Deberías arrastrarte de rodillas... hasta su cama, y allí, mirarla con ojos suplicantes... No necesitas más... Ella comprenderá.

BRUNELDA.- (Furiosa.) ¿Qué estáis cuchicheando? Os protegéis en la oscuridad como animales asustados... Tenéis miedo, ¡malditos! No sois más que unos esclavos hambrientos.

OSWALD.- Brunelda, sólo pretendemos convencerle de que debe obedecerte... Sería dichoso. Tú eres tan buena que podrías llegar a perdonarle.

(Llaman a la puerta, nerviosamente.)

BRUNELDA.- (Muy inquieta.) Oswald, llévale a la cocina... Mark abre la puerta... Será el señor Alexander. Dijo que vendría a visitarme esta noche.

(OSWALD lleva a DAVID a la cocina, sin que éste oponga resistencia. MARK va hacia la puerta. BRUNELDA muy nerviosa.)

Mark, espera... trae el espejo... Voy a arreglarme un poco... Sois unos descuidados. Siempre que viene el señor Alexander ha de encontrar este desorden

(MARK le entrega el espejo y BRUNELDA se retoca ligeramente, mientras vuelven a llamar a la puerta.)

Está impaciente. ¡Mi pobre Alexander!... ¡Sois unos inútiles y perezosos!... Mejor os iría si supierais miraros en sus ojos... Anda, abre, abre.

(MARK abre la puerta y entra ALEXANDER.)

ALEXANDER.- (Inquieto.) ¿Qué sucede?... ¿Te ocurre algo malo, Brunelda? **(Se acerca a ella.)** Estudiaba en el balcón, como todas las noches, y he visto la luz encendida... Me ha dado un vuelco el corazón... Me ha parecido oír gritos... No es nada grave, ¿verdad Brunelda?

BRUNELDA.- (Coqueteando.) Mi buen Alexander... ¡Cuánto podrían aprender de ti estos muchachos inconstantes!... Ahí tienes al pobre Mark, deprimido, agotado **(Con súbita dulzura.)** Anda, Mark, vete a la cocina... Puedes recoger tus cosas... Sigue durmiendo hasta que te llame.

(MARK recoge los trapos del rincón, en desorden, y con paso cansino, va hacia la cocina. OSWALD, inquieto, aparece en la puerta de la cocina.)

Oswald, ¿qué haces ahí? (A MARK.) Di a ese muchacho que no me espíe... Y, si es preciso, cuida personalmente de que no lo haga.

MARK.- Sí, Brunelda.

BRUNELDA.- (Remedando.) Sí, Brunelda... Sí, Brunelda... respondes como un tonto..., sin haber oído lo que te he dicho.

MARK.- (Protestando débilmente.) No, Brunelda... Estoy muy cansado, es cierto. Pero te escucho.

OSWALD.- (Con rencor.) ¿Por qué recibes a estas horas de la noche?

BRUNELDA.- (Furiosa, a OSWALD.) ¡Vete!... ¡He dicho que te vayas! ¡No te quiero ver!

(OSWALD y MARK entran en la cocina.)

ALEXANDER.- (Preocupado.) Estaba muy intranquilo, Brunelda... Temí que te sucediera algo desagradable... Y los vecinos también. Todos se han despertado... Han llamado a mi puerta... Se miraban con inquietud... Apenas podían hablar... Se juntaban como niños perdidos...

BRUNELDA.- (Extrañada.) ¿Los vecinos?

ALEXANDER.- Sí; te quieren todos... Esta tarde has estado encantadora, Brunelda... ¿No lo sabías? Te han admirado. Ninguno imaginaba que eras tan hermosa... Tu presencia les ha maravillado... ¡Tu gran belleza!... No podían creer lo que veían.

BRUNELDA.- (Emocionada.) ¡Oh!, Alexander, ¡qué fiel eres! ¡Qué simpático!... Pero ¿no me estarás engañando?

ALEXANDER.- (Ofendido.) ¡Cómo podría!... El Administrador no cabía en sí de satisfacción... Saludaba a todos con su mejor sonrisa... Porque es un buen hombre... En el fondo es un buen hombre. Su mayor alegría es ver que todos los vecinos están unidos... Únicamente, le molestan un poco esos muchachos que tienes a tu servicio... No hablan con nadie. Inspiran desconfianza.

BRUNELDA.- (Emocionada.) Alexander, Alexander... Estoy impresionada... ¡Cómo te preocupas por mí!... ¡Ay, lo que lamento no haberte conocido hace doscientos años!... Habrías sido mi niño preferido... ¡Qué exquisita sensibilidad hay en tu alma!

ALEXANDER.- (Apasionado.) No nos separaremos nunca, Brunelda.

BRUNELDA.- (Con coquetería.) No, mi querido Alexander.

ALEXANDER.- ¿Por qué no despides a esos chicos? Son torpes. Están cansados... Yo estaré siempre junto a ti. Te serviré día y noche... No me permitiré ni un momento de descanso... No desmayaré nunca ¡Te lo juro!

BRUNELDA.- (Abandonada.) Sí, Alexander... Lo que tú quieras... Abrázame... Abrázame con todas tus fuerzas... hasta que me hagas daño.

(ALEXANDER la besa apasionadamente, mientras ella le acaricia. Fríamente.)

Sí... Los pobres están muy cansados. Me han servido durante muchos años... Y Oswald es tan celoso... Mark está muy enfermo. No escucha. Obedece sin alegría (**Furiosa.**) Y ese David... Debes matarlo, Alexander. Me ha ofendido.

(ALEXANDER hace un movimiento, como para obedecer las ordenes de BRUNELDA.)

No. Espera... Ahora está atado. Déjale que piense en su soledad... en mi poder... Quizás llegue a comprender algo... ¡Que se asome al abismo!... No debe morir creyendo en su estúpida rebeldía... ¡Hay que hacerle reflexionar!... ¡Que se arrepienta!... No me gusta matar a los locos.

ALEXANDER.- (Adulador.) ¿Por qué serán tan necios los hombres, Brunelda? ¿Por qué quieren vivir en la oscuridad..., aunque la luz los deslumbre?

BRUNELDA.- Quizás amanezca un día que tú también lo desees... Sois inconstantes, débiles e inconstantes, Alexander... Ése ha sido el dolor que ha amargado mi larga existencia.

ALEXANDER.- (Protestando.) Yo nunca te abandonaré, Brunelda. ¡Cómo puedes pensar eso!

BRUNELDA.- (Reflexiva.) Quizá os exijo demasiado..., vuestros deseos... todos los insensatos proyectos que forjáis en vuestras locas cabecitas... Yo os devuelvo la vida..., segura, risueña y pacífica, sin inquietudes... Os ofrezco mucho más de lo que me entregáis... ¡Ah!, pero los hombres son ciegos... Los pobrecitos hombres no tienen voluntad. Son desagradecidos..., masoquistas... Prefieren el sufrimiento y la condenación... antes que acariciar la mano suave de Brunelda... Tú mismo, algún día recordarás tus libros, tus estudios..., eso que llamáis libertad... Me mirarás en silencio..., suplicando... y sabré que estás cansado..., cansado de mi amor sereno y dulce como un sueño bendito.

ALEXANDER.- (Afectado, cursi.) ¿Qué haría yo solo en el mundo, Brunelda?... ¿Cómo puedes creer que me gusta esta vida? Tú me darás confianza..., tranquilidad para siempre... Quiero ser tu niño, amor mío, y morir suspirando en tus brazos.

BRUNELDA.- (Dulcemente.) No pienses más en ello, querido... No te atormentes. Tendrás todo lo que desees.

(Lo acaricia, con ternura.)

Nos desprenderemos de los muchachos. Están agotados. No nos servirían para nada.

(Lo abraza voluptuosamente.)

Desde ahora..., siempre juntos y solos, pequeño.

(Entra OSWALD, desde la cocina, con una resolución firme, reflejada en la cara. Avanza con paso decidido. Mira con odio.)

OSWALD.- (Con voz profunda y concentrada.) Me has engañado... Eres una bruja, una mujer maldita y endemoniada... hueles a cieno y a muerte.

BRUNELDA.- (Irritada.) ¡Oswald!... ¿Te has vuelto loco?

ALEXANDER.- (Intentando levantarse, temeroso.) No lo permitiré; no permitiré que te insulte.

OSWALD.- Debes despedirte del señor Alexander. Vas a iniciar un viaje largo..., muy largo.

BRUNELDA.- (Asustada ante la actitud de OSWALD.) No me mires así Oswald. Sabes que te quiero... Hemos vivido juntos mucho tiempo. No te iba a olvidar ahora... El señor Alexander es muy bueno... Tú..., tú lo has comprendido otras veces... Todo seguirá igual... ¡Te lo juro!

OSWALD.- (Con odio.) Has matado el cuerpo... Has destruido el alma... Nos has despojado de la fuerza y la dignidad... Has hecho de nosotros unas criaturas miserables y estúpidas... ¡Míranos!... Se nos cae la baba... ¡Olemos a podrido!... ¡Esta casa está envenenada!... Tú eres una zorra... y nosotros unas sanguijuelas que se alimentan de tu carne hedionda.

BRUNELDA.- (Muy asustada.) Eso es mentira... Tú sabes que es mentira... Os he alimentado con mis propios pechos... Os he dado la vida.

(ALEXANDER se encoge atemorizado.)

OSWALD.- (En el mismo tono.) ¡Nos lo has robado todo!... Te seguimos por aquellas escaleras misteriosas... que sólo conducían a la locura y a la muerte... ¡Nos hechizaste!... Enloquecidos, revoloteamos desde entonces alrededor tuyo, como mariposas presas en la luz que alumbra el rostro de un moribundo.

BRUNELDA.- (Atemorizada tratando de persuadir a OSWALD.) Pero os he enseñado una vida mejor. Sin inquietudes, ni problemas... No tenéis que pensar en nada... no tenéis ninguna preocupación. El mañana está asegurado.

OSWALD.- (Con odio.) Nos has engañado... Eres una mujer falsa, inmoral y sucia... Seduces a los hombres ofreciéndoles el paraíso de la nada, en el que van a desaparecer como por ensalmo todas sus preocupaciones... pero sólo quieres destruirlos... matar su llanto y su risa... clavar en su boca una mueca estúpida y lujuriosa... una burla de Dios.

ALEXANDER.- (Muy asustado.) Eso no es cierto... ¿Qué podríamos hacer, si ella no nos ayudara con su fuerza suprema?... Brunelda nos recoge, nos acuna... nos hace sus hijos... ¿Qué destino más hermoso podemos desear?

OSWALD.- (Con odio y profunda amargura.) Nos engañas con tus manos grasientas y blandas..., con esos brazos... grandes y pálidos... con tus ojos azules... siempre tristes... te has interpuesto en el camino, ofreciendo tus sucios pechos, para que nos alimentemos... envolviéndonos en un vaho sofocante. Pero ahora, ¿ahora, qué ocurre? Estamos cansados, viejos... Ya no podemos servirte... Y como una gran señora del infierno nos abandonas... Somos torpes y descuidados. Sí, lo somos, porque no hemos sabido burlarnos de ti, porque no aprendimos a ser rebeldes..., como lo ha sido David... Es una lástima que sea tarde..., ¡demasiado tarde! **(Rabioso.)** ¿Por qué has acabado con nosotros, ramera?

BRUNELDA.- (Muy asustada.) Oswald, eres un muchacho celoso... Eso es, tienes celos... Yo sé lo que te pasa... No temas. Brunelda no te abandonará nunca... Tú sabes que no tienes razón... ¡Es una locura! Te sigo queriendo. Tu Brunelda continúa queriéndote... ¿A quién podría querer más que a ti?

OSWALD.- (Furioso.) ¡No mientas!

BRUNELDA.- No te miento, querido... Ha sido ese David, ese chiquillo infernal, el que te ha metido esas fantasías en la cabeza... Naturalmente, no podré quererlo nunca... Pero a ti sí, Oswald, mi niño.

OSWALD.- (Triste.) No ha sido él... Es que, al fin, te veo como eres. Eso es todo... Despiadada, cruel, caprichosa... Me quitaste la juventud. Te has servido de mí durante siglos. Hiciste que te obedeciera, sin pensar un solo instante en mí mismo... Y, ahora, cuando has agotado toda mi fuerza, te cansas de tenerme a tu lado... Me abandonas... Me dejas solo con el alma vacía y en silencio.

BRUNELDA.- (Atropelladamente.) Pregúntale a Mark... Él está muy cansado. Está enfermo... Pero sigue queriéndome... Me servirá hasta que muera.

OSWALD.- Pregúntaselo tú... Mark, David... venid aquí.

(MARK y DAVID entran desde la cocina. El primero tiene un aspecto abatido. Se mueve despacio, con dificultad. DAVID está encorvado, como doblegado por la fuerza de los golpes. Sale primero MARK y, un momento después, DAVID, quedándose uno detrás del otro. OSWALD con penosa resolución.)

¡Vamos!, puedes preguntárselo, si no lo lees en sus caras...
¡Pregúntales lo que piensan de ti!... Quizás el pobre Mark ya no pueda responder. Su cerebro se ha hundido en la oscuridad. Las piernas no le sostienen... Pero avanzará hacia ti. Como David, como yo.

(Los tres avanzan, amenazadores, hasta colocarse al lado de la cama de BRUNELDA.)

Nada podrá detenernos... Te mataremos ahí mismo... Entre los tres... Nuestras manos son pequeñas. Pero juntos podemos rodear tu cuello y apretar, apretar, apretar, los tres juntos... hasta que respires tu último aliento.

BRUNELDA.- **(Da un grito e intenta saltar de la cama, pero se mueve muy torpemente a causa de su gordura.)**
Alexander, ayúdame. **(Muy angustiada.)** Quieren matarme...
-¿no lo ves?- Están locos...

(Los tres van inclinándose sobre ella y ponen, lentamente, las manos alrededor de su cuello.)

¡Alexander! ¡Alexander!... **(Con voz ahogada.)** Eres un cobarde.

(ALEXANDER intenta revolverse y ayudarla pero OSWALD y DAVID le sujetan con fuerza, con sus rodillas, impidiendo que se mueva. En este momento, MARK, aterrizado, fuera de sí, retrocede, apartándose de la cama y apesadumbrado, con las manos en el rostro va hasta la puerta de la cocina. BRUNELDA se agita bajo la presión de las manos y estrecha la cabeza de ALEXANDER contra su pecho. Éste está lívido. Al fin OSWALD y DAVID la sueltan. BRUNELDA con voz agonizante.)

Me ahogo... Me ahogo... Alexander... No me dejes.

(Se abrazan BRUNELDA y ALEXANDER.)

Oswald, ¿por qué lo has hecho? ¿Por qué has matado a... tu... Brunelda?... ¡Asesino!... ¡He criado bajo mi techo a mi asesino!... No podrás escapar, canalla. Tu crimen te seguirá hasta el último rincón de la tierra... No volverás a dormir jamás... ¡Nunca!

(OSWALD y DAVID se apartan y retroceden muy juntos, asustados y asombrados por lo que acaban de hacer.)

MARK.- (Ecurriéndose junto a la pared, al lado de la puerta de la cocina, hasta caer sollozando, de rodillas.)
Brunelda... Brunelda. No me dejes solo... Voy a morir.

(BRUNELDA después de agitarse queda inmóvil y, entonces, ALEXANDER se echa sobre ella abrazándola y besándola apasionadamente. OSWALD y DAVID van a salir, asustados y todavía muy juntos.)

OSWALD.- (Angustiado.) ¿Adónde iremos ahora, David?... No podremos defendernos. Brunelda ha muerto.

MARK.- (Histérico.) Ahora tendremos que crecer... ¡Dejaremos de ser niños!... ¿Por qué lo habéis hecho? ¿Por qué la habéis matado? (**Solloza.**) Me he quedado solo... Me moriré... Sin ella no podré seguir viviendo.

OSWALD.- (Furioso, a MARK.) ¡Cállate!... ¡Eres un imbécil!

MARK.- Hasta que se os cierren los ojos para siempre estaréis oyendo sus últimas palabras.

DAVID.- (Temblando, señala a ALEXANDER.) Queda ése.

OSWALD.- (Da un paso adelante.) Deja de lloriquear como una mujerzuela sobre ese cuerpo inmundo.

MARK.- (Indignado.) ¡No la insultes, cobarde!

ALEXANDER.- (Aterrorizado.) ¡Sois unos animales! ¡Malditos!

DAVID.- (Asustado.) Nos delatará... Si le dejamos salir, irá corriendo a contárselo a la policía.

MARK.- (Solloza.) ¿Cómo voy a vivir sin ti, Brunelda?

OSWALD.- (Amenazador.) Usted no hará eso, Alexander... ¿Verdad que no?

ALEXANDER.- (Aterrorizado.) Te juro que no, muchacho.

DAVID.- (Torvo, a OSWALD.) No debe salir nunca de esta habitación.

OSWALD.- No te preocupes David... El señor Alexander va a olvidar todo lo que ha visto esta noche... Ya lo ha olvidado.

ALEXANDER.- (Angustiado.) Es verdad... No recuerdo nada... ¡Nada!

DAVID.- (Con miedo.) Hay que matarle, Oswald... Si no lo hacemos, no podremos estar nunca seguros.

MARK.- (Gimiendo, a OSWALD. Intenta agarrarse a él.) ¡No le hagas caso! (**OSWALD se desprende de MARK.**)

DAVID.- (A OSWALD.) ¿La ves ahora, hermano?... Mírala bien... Mira esa mueca cruel..., de desesperación, que le ha quedado en los labios... ¡Así era!... ¡Así ha sido siempre! (Furioso, al cadáver de BRUNELDA.) ¡Ramera! Descansa para siempre... No volverás a engañar a los hombres... ¡No hablarás nunca más! (Con alegría, a OSWALD.) ¡Hemos acabado con la tiranía, Oswald!... Ahora que está callada, me es imposible comprender su misterio... ¿En qué rincón de ese viejo cuerpo obscuro, guardaba la fuerza... que os hizo obedecerla hasta la muerte?

MARK.- (Gimiendo.) No quiero crecer... No me dejéis solo, Oswald... ¡No quiero crecer!... (Extasiado.) Ella nos protegía, entre sus brazos, de todos los peligros del mundo... ¡El mundo es terrible!... Yo era pequeño... junto a Brunelda... Ahora tendré que ser un hombre... ¡No quiero ser hombre!

OSWALD.- Debemos marcharnos de aquí... ¡Enseguida!

DAVID.- Antes tenemos que matarle.

ALEXANDER.- (Gritando.) ¡No! ¡No!... ¡Tened compasión!... Os juro que no he conocido nunca a esta mujer.

MARK.- Si le matáis, tendréis que acabar conmigo también... Si no puede delataros él, lo haré yo... Matadnos a los dos ¡Empezad!

OSWALD.- (Asustado, mira alrededor.) ¡Vámonos, David!

DAVID.- (Vacila un momento.) ¡Vámonos!

(Salen precipitadamente.)

MARK.- (Sollozando.) ¿Qué será de nosotros?

ALEXANDER.- (Atontado.) Hay que olvidar... Hay que olvidarlo todo.

MARK.- (Grita.) ¡No quiero crecer!... ¡No quiero crecer!

FIN